Este libro fue conservado y escaneado por Augusto León e Ignacio Piaggio. Ambos colaboradores y miembros del canal Barroco: Tertulia en Youtube.

PROSPERO G. ALEMANDRI

MORAL Y DEPORTE

TERCERA EDICION

"LIBRERIA DEL COLEGIO"

Escaneado con CamScanner

Para el distinguido educador Señor Celso Enrique Elizalde.

Testimonio de reconocimiento por su colaboración en la Escuela del Aire

[illegible]

Marzo de 1941

MORAL Y DEPORTE

Escaneado con CamScanner

DEL MISMO AUTOR

Teatro Infantil.

(Cultura Popular, 3 tomos) 1920-1922-1923.

La Bandera, el Escudo y el Himno.
(Recopilación), 1927.

Inspección y Dirección de las Escuelas de los Territorios Nacionales. 1928.

Problemas de la Enseñanza Argentina. 1932.

La Fecundidad del Pensamiento Argentino en la Enseñanza. 1932.

Notas sobre Enseñanza. 1934.

Orientaciones. 1934.

Moral y Deporte. 1937.

Escaneado con CamScanner

PROSPERO G. ALEMANDRI

Presidente de la Confederación Argentina de Deportes - Comité Olímpico Argentino
Ex Inspector General de Escuelas de Territorios
Ex Subsecretario de Justicia e Instrucción Pública

MORAL Y DEPORTE

TERCERA EDICION

"Librería del Colegio" — Alsina y Bolivar
BUENOS AIRES
1937

Escaneado con CamScanner

INDICE

	Pág.
Prólogo	9
El espíritu de los Juegos Olímpicos de la era moderna	11
La disciplina en el deporte y en la vida	17
El sentimiento de nacionalidad en el deporte	21
Ciudadanía y deporte	27
La mujer en el deporte	31
Educación Física del niño	39
Examen Médico	49
Entrenamiento	55
Valor moral de los Juegos	65
El canto en el deporte	73
El espíritu de solidaridad en el deporte	77
El buen deportista	87
El campeón	91
El Juez en el deporte	97
El espectador	107
Juegos por equipos	115
Los premios	125
Los Clubs y Asociaciones de Cultura Física	133
El profesionalismo en el deporte	143
La Recreación y Tiempo Libre	153
El Gimnasio Infantil Abierto del Club de Gimnasia y Esgrima de Buenos Aires	161
A la representación argentina en la XI^{a} Olimpíada	167

Escaneado con CamScanner

PROLOGO

Esta publicación reune algunos de los temas tratados con motivo de la preparación de los atletas argentinos para participar en los Juegos Olímpicos de Berlín.

Fueron divulgados a fin de que todos los deportistas se compenetraran de la gran responsabilidad social que importa asistir a este género de competencias mundiales.

Maestro de escuela, expreso en ellos mi pensamiento sobre el valor moral del deporte, convencido también de que es honrado señalar las fallas que deben corregirse para evitar que constituyan más tarde, en el patrimonio deportivo, aspectos difíciles de extirpar.

Si a veces mi palabra es dura y mi gesto áspero, la intención es recta y sincera.

Escaneado con CamScanner

EL ESPIRITU DE LOS JUEGOS OLIMPICOS DE LA ERA MODERNA

En la época primitiva de Grecia, envuelta en la incertidumbre de la leyenda, encontramos la costumbre de honrar las exequias de los héroes con torneos de armas y juegos atléticos.

Parece ésta, la procedencia lejanísima de los Juegos Olímpicos que más tarde fundara, según Hesíodo, el héroe Heracles, el triunfador de Augias, rey de Elide.

La trascendencia que tuvieron es digna de su origen. Vinieron con el prestigio de las cosas que emanan del espíritu como un acto de gratitud póstuma.

Más tarde, se realizaron en prez de los dioses en distintas ciudades griegas conservando entre la lucha y la algarabía una esencia religiosa característica.

Escaneado con CamScanner

No nacieron del placer ni para el deleite efímero, sino que desde sus comienzos fueron como un rito y más tarde un severo entrenamiento militar que les permitió estar listos para defender la patria.

Fueron una ofrenda colectiva en la cual los atletas vencedores recibían en la simbólica corona, la gracia del divino Zeus o de Apolo, gracia que se extendía a la ciudad natal del vencedor.

Así se explica la exclusión de los esclavos y de todo atleta que no gozara de prestigio moral por cuanto no eran dignos de ofrecer a sus dioses su fuerza y su valor.

Esto hizo que los juegos griegos conservaran aún en los últimos tiempos, una cierta dignidad, que no tuvieron los espectáculos romanos. Por eso, cuando éstos anunciaron a los atenienses que iban a exhibir una lucha de gladiadores, aquéllos contestaron que antes destruirían la estatua de la Piedad, levantada por sus antepasados, porque no concebían sus juegos sino como un acto de fé y de alegría.

Los romanos carecían de la senbilidad de aquel pueblo que creó, por el culto a la belle-

Escaneado con CamScanner

za y a sus dioses, un arte no superado, y, por el deseo de comprender el mundo, una filosofía que planteó los problemas que preocupan hasta hoy al hombre.

Y así, mientras los espectáculos romanos fueron sólo una brillante manifestación de fortaleza, de un pueblo joven que simulaba en el estadio y en el gimnasio la lucha bélica, preocupación constante de aquella edad guerrera y heroica, los juegos griegos aumentaban su significado como expresión de civilización y de cultura.

La educación del ciudadano, las disciplinas del espíritu, sus poetas, sus escultores todo lo que tenían de noble en el saber y en el sentir, era exhibido por cada ciudad ansiosa de sobresalir en fama y en honores.

Los juegos griegos abarcaron la vida toda del hombre, determinando la condición civil y su dignidad. El que era descalificado en ellos perdía en la vida civil su buena fama.

Los jueces del deporte aplicaban con severidad los reglamentos y discurrían sobre el honor porque sabían que sus fallos, al anular al atleta, deshonraban al individuo.

Escaneado con CamScanner

Los reglamentos contenían los cuadros severos del entrenamiento y el marco moral, siendo conocidos en las ciudades más lejanas. La tregua sagrada que se decretaba durante su realización y las franquicias que se consignaron, constituyeron, después, los antecedentes más lejanos del derecho de gentes.

Los Juegos Olímpicos de la era moderna, bautizados con este nombre simbólico, no ocupan el lugar de aquéllos en la vida de los pueblos y sus fines tampoco son los mismos, porque han variado las condiciones de la existencia. Desde entonces la sensibilidad y la razón de las multitudes han cambiado. La máquina humana al influjo de la industria moderna se ha transformado haciéndose menos resistente. La fatiga del cuerpo ha castigado el alma, y devolver las energías que se agotan rápidamente, constituye una grave preocupación de Estado.

Los juegos tratan hoy de crear una raza más fuerte, de formar legiones de hombres sanos a quienes pueda confiarse mañana el porvenir de los pueblos. Es sin duda la parte más noble del deporte moderno, cuya consecución preocupa a los gobiernos porque en

Escaneado con CamScanner

cada parque, en cada gimnasio que se inaugura, se resuelve un gran problema higiénico.

Hay además otro aspecto: La arena olímpica congrega a la juventud de todas las naciones del universo para cobijarla bajo un mismo cielo, respirar un mismo aire, vivir en un ambiente de fraternidad y compartir la gloria y el esfuerzo, y con el deseo de que nada hiera el sentimiento patriótico de cada uno, ni la nacionalidad, ni los principios políticos, ni las creencias religiosas, ni los conceptos de civilización, ni las modalidades particulares. Allí se espera que la pujanza varonil se sienta movida por indiscutidos sentimientos de amor a la humanidad socorridos por esplendentes manifestaciones de belleza.

En ese conglomerado de todas las razas con la heterogénea modalidad que suponen todas las costumbres, todas las religiones, todas las civilizaciones, se observa un ritual único, sencillo, común a todos, de una sola moral, y es cumplido, mantenido y defendido sin ninguna resistencia y con la mayor fe y entusiasmo.

Tal es el significado de los cinco anillos entrelazados de la Bandera Olímpica, símbolo de unión de las razas y pueblos que viven

Escaneado con CamScanner

en los cinco continentes. Expresan la hermosa esperanza de que los concursos de fuerza, de agilidad, de destreza, sirvan no sólo para fortificar las generaciones nuevas, colaborando al mejoramiento de la humanidad, sino también para desarrollar la amistad entre esa juventud internacional y por consecuencia para contribuir al acercamiento y a la concordia de los pueblos.

Los Juegos Olímpicos no deben ser privilegio del grupo de jóvenes deportistas que representan la nación, sino juvenil y simpático movimiento pacifista del pueblo todo.

Los Juegos Olímpicos modernos tienen el carácter y la fisonomía de la nueva cultura y son como ellos, tan complejos en su finalidad, que, partiendo de la contextura humana, extienden su raigambre a todas las manifestaciones de la ciencia, del arte y de la vida de relación. No tienen el carácter de un rito sagrado, ni nacieron como homenaje póstumo; son fiestas de primavera, de juventud, de alegría, que llaman a los atletas del mundo para vivir, en un solo cielo, el sueño de perpetua paz y felicidad que espera la humanidad desde su origen y que aún no ha realizado.

Escaneado con CamScanner

LA DISCIPLINA EN EL DEPORTE Y EN LA VIDA

En tiempos remotos la disciplina era "el arte de instruir a los hombres de guerra, el someterlos al servicio militar y el inculcarles a todos el respeto y sumisión al que mandaba".

Pero el vocablo *disciplina* se aplica hoy a todas las actividades en que la acción del hombre debe estar subordinada a reglas.

Generalizado el concepto, disciplina quiere decir norma, determinación, consecuencia, método, ordenamiento.

Disciplinado es el que se fija una línea de conducta y la sigue con rectitud invariable, con formalidad y constancia.

El que sigue la senda de sus mayores, el que marcha con rumbo preciso ajustando su criterio a sanos principios de amor al trabajo, el que encauza su vida tomando por norte

Escaneado con CamScanner

el cumplimiento riguroso del deber, el que anhelante de perfección orienta sus actos adaptándolos a un sistema, el que cumple con exactitud el régimen que se ha trazado en procura de la verdad, el que conforma su temperamento y lo modela a fuerza de tenacidad, ése, es un espíritu disciplinado.

Los deportistas inexpertos sienten horror a la disciplina. Ven en ella una manifestación de mansedumbre servil. Creen que el éxito es sólo el producto de las condiciones naturales entregadas al impulso brioso y apasionado de la juventud. ¡Error! ¡Gran error!

En el deporte el espíritu disciplinado obtiene mayor provecho de la ejercitación y multiplica el rendimiento en el esfuerzo. Adquiere el dominio del juego, se compenetra de sus beneficios, concibe el triunfo como la coronación del trabajo y acepta la derrota como el resultado de una competencia leal.

La disciplina hace del jugador un estratega que comprende el medio en que actúa, interpreta los movimientos del conjunto y dominando sus ímpetus se pone al unísono con los demás.

Le enseña que la celada es siempre vil por

Escaneado con CamScanner

ser el desquite de la impotencia, y que los jugadores de un equipo no son rivales sino factores.

La disciplina despierta la ambición sana, la solidaridad, el respeto recíproco, el gobierno de sí mismo.

Cuando arde el entusiasmo, y la energía y el vigor transfiguran a los luchadores, cuando el vértigo nubla la conciencia, ella es la cordura armoniosa.

La disciplina es la imagen viviente de la cultura que, en el momento álgido del triunfo o en la hora desconsoladora de la derrota, trae a cada joven a sí mismo, lo reconcentra y le reclama el cumplimiento de su deber, la exteriorización de su dignidad.

La disciplina retempla el carácter y lo ejercita para la lucha por la vida.

El hábito de la disciplina despierta la sutileza adivinatoria, el dominio del conjunto, la previsión. Enseña a guardar las formas de respeto, de consideración, de urbanidad, de buenas maneras, de corrección en todos los órdenes: en el hablar, en el vestirse, en el comer, en el andar. Obliga a acatar los fallos de los jueces, las decisiones del capitán, las

Escaneado con CamScanner

direcciones del instructor, los consejos de los superiores. Suprime las explosiones de la ira al recordar, en cada regla, que el jugador es el amigo cordial, que entrena sus fuerzas y las prueba en fraternal amistad.

La disciplina es la subordinación volitiva, inteligente del *yo* a la propia aspiración de perfeccionamiento.

Ser disciplinado, es modelarse, es corregirse. Es tener un norte, un fin en la vida. Es vislumbrar a lo lejos una estrella y seguirla, al decir del poeta. Medir el trabajo, aplicar la inteligencia teniendo en cuenta la imagen del ideal creado de antemano. El joven, futuro portador de los bienes de la humanidad y el hombre en acción, deben formar constantemente su personalidad. La disciplina da al carácter una fuerza de penetración en el alma de los demás, desarrolla una gran capacidad de observación y de comprensión y diferencia las múltiples personalidades.

La capacidad de poseer un carácter disciplinado, exige un poder grande en la voluntad, un juicio sereno que defina en todas las circunstancias la unidad de miras, el camino sin curvas por donde viaja.

Escaneado con CamScanner

EL SENTIMIENTO DE NACIONALIDAD EN EL DEPORTE

El sentimiento de nacionalidad es una ampliación del sentimiento de familia. Hijo del espíritu de conservación es un sentimiento solidario que tiende a defender y amparar los intereses de un pueblo contra los intereses de otro, inspirado en principios de equidad y de justicia.

El sentimiento de nacionalidad se excita ante cualquier interés personal o colectivo que pueda significar una manifestación de progreso o de superioridad sobre los hombres de otros pueblos del universo.

Esta inquietud se experimenta también en forma muy acentuada en el deporte, donde las condiciones personales de cada uno de los individuos obran de manera casi absoluta.

El deportista que se adiestra para partici-

Escaneado con CamScanner

par en un concurso internacional, tiene un solo pensamiento, una sola preocupación, triunfar: y una vez en la prueba, el valor, el arrojo, crecen, se agigantan en él, llega casi a la temeridad, alentados por esta fuerza ideal que obra a manera de obsesión sobre el espíritu humano.

En medio de la lucha, en el ardor de la contienda, la fe, la esperanza, el amor se convierten en fiebre, en ansia, en desesperación. Y esta exaltación psicológica constituye su formidable reserva física.

El espectador, el pueblo, la multitud aclaman, exaltan al deportista que así se conduce, porque en el momento de la lucha, cada individuo de la masa popular, intensamente solidarizado, participa del mismo interés, se identifica, se siente otro *él,* anhelaría estar en su lugar para hacer más aún, para llegar al sacrificio, en su aspiración suprema de llevar al triunfo los colores de su nacionalidad.

Pero el triunfo del deportista, así sea en la lid más bravía en que se ponga a prueba el arrojo, la resistencia a la fatiga, la fortaleza física, la habilidad y la destreza en su

Escaneado con CamScanner

máximo de rendimiento, no significa ni traduce más que lo que en realidad representa: un ejemplar magnífico de la naturaleza al servicio de una voluntad firme y de un carácter disciplinado.

El campeón internacional como el campeón nacional no tienen otro significado.

Es indiscutible que ante este espécimen de perfección el sentimiento nacional se vea halagado, pero ello debe ser sólo como el exponente de la consagración y del esfuerzo personales, de la perfección de los métodos y procedimientos de enseñanza, de la acción perseverante y sin desfallecimiento de los docentes, de la cooperación y el apoyo de las autoridades y del pueblo.

Las justas deportivas internacionales tienen por objeto principal fortalecer vínculos de camaradería, afianzar la amistad, estimular el progreso en el deporte, porque las virtudes y grandezas de un pueblo no se valoran por los hombres que se miden en los cotejos olímpicos, sino por el conjunto armónico de todas sus manifestaciones de cultura y por el número de benefactores de la humanidad que ese pueblo produce.

Escaneado con CamScanner

La cultura física debe significar el noble afán de capacitarse para la vida, acendrando las virtudes morales que garantizan y aseguran la convivencia social, basadas en un alto espíritu de justicia.

El amor patrio no debe estar en contradicción con el amor a lo justo, no debe cegarnos al punto de considerar que perder el campeonato de un deporte significa un deshonor, una deshonra para el país. No. El honor nacional no puede fincar en la certera estocada de un hábil floretista, ni en la resistencia a la fatiga de un corredor de fondo, ni en la recia patada de un jugador de fútbol.

Conforme con que el sentimiento nacional debe percibirse también en el deporte, porque éste es una de las tantas manifestaciones de la vida ciudadana, y, toda manifestación de progreso, de superioridad, refluye directamente en el concepto y la reputación de la patria.

El sentimiento nacional argentino debe sentirse halagado de que el equipo de Polo conquiste el primer puesto en los Juegos Olímpicos, no porque el país tenga los cuatro mejores jugadores, porque ello es sencillá-

Escaneado con CamScanner

mente accidental, sino porque esa representación es el exponente de todos los esfuerzos de la Nación, en los hombres que se dedican a mejorar la producción ganadera, en los que quieren afirmar un tipo de fortaleza en la raza caballar, en los que se preocupan de refinar los campos y los forrajes, en los que estudian las enfermedades de la raza equina, en los que procuran formar los ciudadanos aptos para manejar el caballo, en los que inspirados en el sentimiento generoso de beneficio general siguen éstas y otras manifestaciones de la inteligencia y de la ciencia que han exigido y exigen preocupación constante.

Los campeones de Atletismo, de Natación o de Box halagan el sentimiento nacional, no porque los vencedores sean los atletas, los nadadores o los pugilistas más fuertes o más guapos del mundo, sino porque siendo ellos el exponente de una selección, revelan el esfuerzo que cientos, miles de jóvenes realizan, subordinándose a régimen, a disciplina, a método, convencidos de la bondad de una causa y dispuestos a seguirla.

Esta es la forma en que deportistas, espec-

Escaneado con CamScanner

tadores y animadores deben fortalecer y afianzar el sentimiento de nacionalidad.

Por eso, antes que buenos jinetes, antes que buenos esgrimistas, antes que excelentes boxeadores, lo que se necesita es la formación de los deportistas en la verdadera acepción de la palabra, que sean hombres, verdaderos ciudadanos, con el valor sereno y reflexivo que conduce hasta jugarse la vida, y, con la estoicidad necesaria para soportar las consecuencias de su propia insuficiencia, reconociendo con altura la superioridad de su rival.

Escaneado con CamScanner

CIUDADANIA Y DEPORTE

La concesión de la carta de ciudadanía a extranjeros, ha significado, según el criterio de nuestros legisladores, un acto de equidad para los que han contribuído con su trabajo al bienestar social.

En un país de inmigración, como el nuestro, su concesión fué medida previsora y acertada por cuanto el rico sedimento extranjero fué elaborando día a día las fuentes naturales de riqueza.

Sin embargo el concepto social y político de la ciudadanía no puede servir de argumento cuando se trata del deporte. En los torneos internacionales se establece como principio que los deportistas sean ciudadanos del país que representan. No dice que deben ser nativos. Por esto se da el caso de que entre los aspirantes a formar parte de la represen-

Escaneado con CamScanner

tación, hay extranjeros, que solicitan y a quienes se les concede carta de ciudadanía, con lo cual se incorporan a la representación con carácter de ciudadanos.

Este ciudadano por naturalización no es el exponente genuinamente argentino, punto de vista sustancial en las lides internacionales que permiten conocer los valores raciales y apreciar la superioridad de un método de entrenamiento, de una escuela o de la educación deportiva en general.

Sería contradictorio presentar como exponente nacional, grupos de jóvenes naturalizados que han adquirido en otros países su preparación deportiva.

Si alguna excepción es admisible es la de los que, habiéndose incorporado al país desde tierna edad, han recibido aquí la educación y las aptitudes que los señalan como un exponente real de los métodos y procedimientos empleados.

Es, entonces, una medida digna de respeto la resolución de las federaciones que, anticipadamente, establecieron en los programas que sólo podrían participar en los concursos de selección los ciudadanos nativos.

Escaneado con CamScanner

Al deporte interesa la contienda seria, en la cual se trata de exponer en forma leal, lo más selecto de la juventud amante de la cultura física y no los hechos ficticios u ocasionales.

Los éxitos de un concurso atlético no pueden dejarnos satisfechos si para ellos hemos debido recurrir a completar un equipo con hombres que por su educación y sanguinidad no nos pertenecen.

Estimo más eficaz y más digno, preocuparnos por difundir el deporte entre los jóvenes argentinos, hasta aumentar el número dentro del cual la selección pueda hacerse en condiciones más ventajosas.

La carta de ciudadanía otorga derechos y compromete obligaciones. Establece deberes ineludibles. El cambio de nacionalidad que ella significa, supone en el que la solicita, que ha cotejado perfectamente bien su situación en el medio en que ha nacido, con su situación en el nuevo medio en que va a actuar y a dedicar su vida; supone que su espíritu ha encontrado afinidades, costumbres y gustos a los que puede adaptarse mejor y con los que siente irresistible necesidad de

Escaneado con CamScanner

mancomunarse porque así ha de encontrar una mayor compensación a sus esfuerzos. El cambio de nacionalidad es pues un acto trascendental en la vida ciudadana y los éxitos seguros o problemáticos de cualquiera sea el deporte, no pueden determinar resoluciones de tanta trascendencia como lo es la de conferir ciudadanía.

El deporte es una faz principal de la actividad humana. Su ejercitación es beneficiosa para la salud del individuo y su difusión en las masas traerá, como consecuencia, el mejoramiento físico, intelectual y moral de la raza sin que, para ello, sea condición necesaria que el individuo cambie de nacionalidad.

La representación argentina tiene que ser nativa y orientada en los deportes que más se adapten a su resistencia y a su psicología.

Se tardará más en llegar, pero los beneficios serán ponderables por cuanto habrán creado el tipo del jugador nuestro, que es lo interesante y útil en el conjunto olímpico.

Escaneado con CamScanner

LA MUJER EN EL DEPORTE

Largos siglos ha necesitado la humanidad para desterrar el viejo concepto de la actuación femenina en el deporte. Las ciencias, los hábitos, su función social, todo ha contribuido a mantenerla alejada, aunque muchas veces presidió con su gracia los más atrevidos lances y torneos medioevales.

Es en la época moderna, casi podríamos decir en este siglo, cuando la mujer se incorpora a la actividad física.

La vida al aire libre, la ilustración liberal, las exigencias del momento la han transformado psíquica y físicamente, haciéndola más resistente a la doble tarea del hogar y del deber que ella misma se ha creado al influjo de la necesidad.

La entereza, el valor, la serenidad en la lucha diaria, son aspéctos de la joven moder-

Escaneado con CamScanner

na, para quien el deporte le ha enseñado los mil secretos del éxito que más tarde encuentra en la existencia.

Si en el hombre es necesario estudiar detenidamente los deportes que más se adaptan a su resistencia orgánica, en la mujer lo es más, por cuanto atañe no sólo a su físico sino también a lo psicológico.

Los ejercicios de destreza, fuerza y hasta de violencia, que practican los varones, preparan su cuerpo para resistir y contrarrestar los recios embates que se le presentan en las tareas de la vida. Le son, pues, necesarios.

No ocurre lo mismo con la mujer que necesita los ejercicios y juegos que contribuyan a desarrollar armoniosamente su cuerpo y fortalecerlo sin violencia.

Necesita ejercitarse para hacerse resistente a la fatiga, para realizar sin desmedro la tarea cotidiana propia, pero no para substituir o reemplazar al hombre.

Las tareas de uno y otro son diferentes y complementarias en la lucha por la existencia.

La mujer no debe masculinizarse. Por el contrario, debe mantener su feminidad perfectamente acentuada, con toda su belleza,

Escaneado con CamScanner

con todas sus ternuras y con todas sus debilidades, porque, con respecto a esto último, en oposición a la fuerza muscular del varón, la naturaleza la ha dotado de una gran resistencia sensitiva.

Los médicos, los higienistas, no han de conceder, sin duda, la equiparación, que las exageraciones feministas pretenden acordar. La ley es una cosa y la naturaleza es otra.

Por aceptado, desde luego, el beneficio que a la mujer pueden proporcionarle el tennis, el golf, la equitación, los patines, la natación, el basket-ball, la danza, los ejercicios en aparatos mecánicos. Pero hay deportes que no deben ser ejercitados por la mujer, por que son contrarios a su propia naturaleza, tales la esgrima, el fútbol, el salto en altura y con garrocha, las carreras de vallas, el pugilato en todas sus formas.

Resulta grotesco y antiestético ver dos mujeres hechas un ovillo rodando por el suelo en un encuentro de lucha; machucándose el rostro, deformándose la nariz, ensangrentándose la boca a puñetazo limpio, en un asalto de box; estirándose en peligrosa zancadilla para atajar una pelota de fútbol. Y si la es-

Escaneado con CamScanner

grima es más pulida en su forma de presentación, no por ello deja de ser un ejercicio inconveniente para el desarrollo armónico y estético de la mujer, y en abierta contradicción con todo principio de ética.

La esgrima es el arte de manejar la espada para atacar y herir al contrario y a la vez defenderse de los ataques de éste.

En la época romana era el arte en que se adiestraban los gladiadores para lidiar en la arena del circo; en la edad media el arte en que se esmeraban los caballeros de capa y espada, prontos a batirse por el honor de una dama; en la época moderna el arte que habilita al caballero para lavar las ofensas.

Por definición tiene sólo dos acciones: el ataque y la defensa. El ataque es el golpe que engendra el tirador para herir a su contrario. La defensa consiste en parar o desviar ese golpe. Se aprende para ir al terreno y la esgrima de la sala es la preparatoria del combate.

La esgrima, es así, el arte de herir, y será mejor esgrimista, el que hiera sin ser herido. Y si ésta es la finalidad yo pregunto: ¿Cómo es posible conciliar este aspecto del deporte

con las condiciones de ternura y de bondad, características de la mujer?

La finalidad de este ejercicio, perfectamente justificada en el varón de todos los tiempos, choca, pues, con el espíritu afectivo, conciliador, indulgente, amoroso, caritativo y de sacrificio con que el alma femenina contribuye a ennoblecer la vida de la especie humana.

La competencia femenina en los deportes netamente varoniles siempre la perjudicará. En efecto, si la mujer ha demostrado su eficacia para realizar todas las actividades humanas, aún, la de combatir en los campos de batalla, se ha observado también, los inconvenientes que crea en el orden universal esta superposición de energías. El deporte debe ser, para ella, un motivo de alegría, de variedad en sus actividades intelectuales y morales, un lazo de unión en la vida familiar.

Práctica higiénica para conservar su salud, ideal estético para mantener la natural belleza de sus líneas; he ahí, la verdadera función del deporte para todas las jóvenes que al jugar en los campos y competir en los estadios, no deben olvidar que el mundo no

necesita una legión de atletas, sino madres sanas y fuertes.

El deporte en la mujer facilita más la vida en común de la madre con el esposo y con los hijos, fortalece más los vínculos del hogar, esta fuerza social tan necesaria en estos tiempos llenos de incertidumbres y dudas. Levanta el nivel de la *mujer de su casa,* en la que dispone, manda y ejecuta las cosas que le pertenecen, cuidando del orden, de la economía con toda exactitud y diligencia.

Le proporciona capacidad para coparticipar con el esposo y con los hijos en tantas actividades que por su falta de pericia le estaban vedadas y le alejaban toda probabilidad de realizar: salir a caballo o en bicicleta, remar, nadar junto con ellos, entrenarse en la pesca o hacer largas marchas y recorridos y tantas otras manifestaciones de la existencia.

Diariamente aumenta la influencia femenina en los espectáculos deportivos. Su presencia obra como fuerza morigeradora, en un ambiente en que no siempre marchan juntos la moderación y la fuerza.

El deporte, por apasionado que sea, no pue-

de hacer olvidar a los jóvenes el respeto que cada uno se debe, y que la medida en que cada cual estima y respeta a los demás es el grado en que se estima y respeta a sí mismo.

A veces los jugadores disputan, se excitan, vociferan, se encolerizan y proceden con palabras, gestos y ademanes descomedidos y agresivos. Olvidan que la cortesía no es práctica privativa del salón, sino modalidad tanto más valiosa cuanto más espontánea brota. Pero esas palabras, esos gestos, esos ademanes, esas posiciones airadas están determinadas siempre por la actitud femenina.

La presencia de una joven, su gesto, su lenguaje, sus modales, establecen claramente la atmósfera espiritual en que desea situarse.

Por tolerancia o por falso concepto de liberalismo, a veces, las jóvenes disculpan en sus compañeros de juego ciertas negligencias y faltas de urbanidad, germen que, desarrollándose, puede llegar a anular la saludable influencia que la mujer ejerce en el espíritu masculino.

Si las jóvenes recriminaran acerbamente los excesos y la mala conducta de los jugado-

res, y, dando ejemplo de serenidad, de corrección y de altura de juicio, censuraran las voces airadas, es probable que muchos actos de incultura no llegaran a producirse.

Las modalidades de la nueva época se van infiltrando descuidadamente en nuestro pueblo, avasallando nuestra particular educación hogareña, mientras las jóvenes, por snobismo, se apropian de una psicología que no condice con la tradición.

Y la tradición y el pasado lo forman aquellas mujeres de elevadísima categoría moral, cuyas vidas constituirían las páginas más emocionantes de la Biblia, mujeres de leyenda, que como doña Paula Albarracín o doña Carmen Nóbrega, fueron el numen de sugestión en la vida de Sarmiento y de Avellaneda.

Herencia nobilísima que debe conservarse y renovarse en el presente, cuyo horizonte nebuloso está reclamando la mujer fuerte para salvar el hogar, si la civilización se hundiera por algún desgraciado cataclismo.

EDUCACION FISICA DEL NIÑO

Los resultados de la revisación médica de los ciudadanos a quienes corresponde incorporarse a las filas del ejército en el presente año (1), han revelado una deficiencia de aptitud física que excede del 30 por ciento de los jóvenes que en el país debían cumplir con la conscripción obligatoria (2).

Por cierto que en algunas zonas la proporción es menor, pero en otras, en cambio, alcanza y sobrepasa al 50 por ciento de los presentados.

Tampoco es novedad el problema que revelan las cifras enunciadas, ya que en repetidas ocasiones en la prensa, en el parlamen-

---

(1) 1936.

(2) De 426.368 jóvenes revisados en el país 126.333 fueron declarados inaptos.

to y en el libro se han hecho oir los lamentos del misérrimo estado en que se encuentran los pobladores de lejanos lugares del interior del país.

Ante lo alarmante de las cifras y las consecuencias nefastas que para el futuro del país ellas representan, se hace indispensable adoptar las medidas conducentes para cortar el mal con la acción concurrente del pueblo y las autoridades.

El mal hay que atacarlo y hay que atacarlo en su raíz.

La debilidad y la insuficiencia física de los jóvenes tiene su origen en la debilidad e insuficiencia física de los niños. Luego hay que ir directamente a fortalecer el niño.

Nuestros grandes hombres, los que contribuyeron a la formación de la nacionalidad y los que les sucedieron en la organización del país, tuvieron la visión clara de que era indispensable, primero, velar por la salud corporal para lograr luego la perfección del espíritu; por eso todas las leyes de educación imprimieron obligatoriamente la educación física en los programas de la enseñanza pri-

maria, para fortalecer y vigorizar en el niño la raza del futuro.

Como consecuencia de una mayor comprensión de esos preceptos, pareciera despertarse ahora una especie de preocupación social tendiente a fortalecer la infancia y a prepararla para una vida mejor.

Se multiplican los *Gimnasios Infantiles* destinados exclusivamente a cultivar el desarrollo físico de los niños; se abren las arcas oficiales y se hacen colectas públicas para costear *Colonias de Vacaciones* o las sostienen Sociedades populares o simplemente particulares, que demuestran amor por la niñez; se constituyen *Sociedades Cooperadoras* con el único objeto de alimentar y vestir a los niños necesitados. Se establecen las *Cantinas Maternales* para proteger a los que padecen por insuficiencia de alimentación y el estado acude con la implantación de *Comedores Escolares* cuya existencia asegura; por iniciativa particular surge la *Casa del Niño,* para protegerlo y ayudarlo física y moralmente; se crean los *Jardines de Infantes;* se instalan *Recreos Infantiles* en los parques, playas, terrenos, calles y espacios aprovechables para dar lugar a que los niños

se concentren y puedan jugar con tranquilidad y libres de todo peligro de accidente. Los diarios, desde los más grandes hasta los menos difundidos y las revistas, dedican páginas enteras a la educación, al solaz y al entretenimiento de los niños. Se levantan *Pabellones de Lactantes y Salas Cunas;* se afirman las leyes que imponen regímenes de trabajo y de protección a las madres obreras, y en variadas formas se advierte la tendencia eugénica, se hace ostensible la preocupación social por la asistencia del niño que representará mañana la acción y el pensamiento del presente.

Si queremos una raza robusta y sana tenemos que luchar denodadamente por tener niños robustos y sanos.

La comprensión del problema trae aparejada su solución: más tiempo, más atención, más esfuerzo, dedicado a la educación física del niño.

La parte fundamental finca en la alimentación. La alimentación desde que el niño nace, y precedida de la alimentación y fortaleza de la madre desde antes de que el niño venga al mundo.

Una vez el niño perfectamente nutrido hay que considerar cuáles son las actividades que más le convienen para el mejor desarrollo de su físico.

La natural tendencia que demuestra por los juegos ha llevado a establecer que ellos sean la base de su educación física. Los juegos sirven para inculcar los hábitos y principios por medio de los cuales ha de conservar y mejorar su propia salud, ya que la salud, el vigor y la alegría son parte integrante del juego mismo.

De idéntica manera que en la nutrición, la educación física no puede suministrarse a todos los niños en igual medida, sino en la proporción que cada niño es capaz de tolerar o desarrollar. Hay, pues, que graduar los juegos a la capacidad de cada uno.

Instintivamente las madres lo hacen sistematizando sus primeros movimientos para que aprenden a tomar las cosas, a caminar, a moverse de un lado para otro, a manejar los utensilios o juguetes con que se entretienen y distraen. A medida que aumentan las condiciones de estabilidad y fortaleza, van sucediéndose los deseos de realizar juegos que

exijan mayor arrojo, más habilidad y más fuerza, hasta que llega un momento en que el ojo vigilante de la madre ya no es indispensable. Por el contrario el niño siente la necesidad de independizarse de esa tutela, corre libremente en persecución de un insecto o de un animal doméstico, o bien detrás de una pelota; arroja piedras o se trepa a los árboles o a los muros. Ya desafía por sí la dificultad, hasta el peligro. Su desarrollo físico y el germen que asoma del sentimiento del *yo* exigen independencia en la acción y en las decisiones propias.

Es éste el momento en que más hay que cuidar que los juegos de los niños, a la vez que satisfagan de una manera natural las exigencias de la edad, conduzcan también a su bienestar moral y obren como un grato estímulo en todo su ser. Hay que proporcionarles distracción, placer, alegría, empleando debidamente sus facultades y apartándolos de lo que les es inconveniente o perjudicial, de manera que vayan cumpliendo su primera etapa de la vida formando sólida base para un desarrollo posterior.

La educación física está íntimamente ligada

con la educación intelectual y la moral. No sólo provee a la salud dotando de fuerza y resistencia a la fatiga sino que también desarrolla cualidades de la inteligencia y del carácter que infunden valor a aquellas aptitudes.

En la lucha por la vida se necesita la confianza en sí mismo, que nace de la fortaleza y resistencia para afrontar o soportar los contrastes y es también imperiosa la necesidad de tener alerta la inteligencia, pronto el juicio para la resolución inmediata que proporcione el mejor provecho.

Solamente un buen físico puede resguardar y lograr la eficiencia de estas facultades.

Y el niño debe vivir su vida, empleando y acrecentando todas las condiciones que proveerán a un bienestar futuro.

Desde luego ha de procurarse no alejarlo de la naturaleza, porque todo lo que le rodea es producto de la naturaleza.

Si durante su crecimiento se le subordina a un método artificial que lo aleje de la naturaleza se hará de él una planta exótica dentro de su propio medio y sin la capacidad ni los recursos necesarios para afrontar las eventualidades de la vida ulterior.

El niño debe vivir la mayor parte de su tiempo al aire libre, en terrenos amplios donde pueda correr y saltar a toda hora.

El aire, el sol, y los ejercicios metodizados, armónicamente presentados en los juegos, transforman en poco tiempo la contextura infantil. Está al alcance de todos comprobarlo.

Un niño sano, robusto, saca enorme ventaja de sus condiciones intelectuales a las que puede subordinar a un esfuerzo intenso sin detrimento para su salud. Todo lo contrario ocurre en el niño débil, que no es capaz del menor esfuerzo sin sentir su inmediata repercusión en el organismo.

Las escuelas con internados, los asilos y los dispensarios debieran ser suburbanos, donde la amplitud del terreno permite disponer de la superficie necesaria para que esos millares y millares de niños que se hacinan en ellos puedan disfrutar siquiera, del sol, de la luz y del aire puro.

Debemos construir escuelas con gimnasios completos, con sus baños y canchas de juego. Debemos alentar la idea de que las sumas que el Estado invierta para este fin, por conside-

rables que sean, no constituirán nunca un renglón superfluo. El desconocimiento de la importancia de la educación física de los niños y el descuido consiguiente crea una masa infantil poco resistente a las variaciones del clima, y a las enfermedades, como lo demuestran el excesivo número de inasistencias de los escolares en los meses crudos de invierno y la crecida tabla de mortalidad.

No basta que las Asociaciones cooperadoras y la multitud de nobles instituciones surgidas para amparar la niñez, les proporcione alimento o abrigo, acaso es más importante, más trascendental para la vida de los pueblos la obra de prevención.

Por eso las sociedades cooperadoras, que desarrollan acción solidaria con las preocupaciones del Estado, harían obra duradera si dirigieran sus esfuerzos a fomentar la escuela suburbana dotada de amplio terreno donde pueda instalarse cómodamente un campo de ejercicios físicos y recreo.

Ellas servirían, además, para establecer el recreo de vacaciones y colonias de vacaciones según la extensión y comodidades de que

se dispusiera, para beneficiar a los niños del centro de las ciudades populosas.

En los programas de las escuelas primarias se dedica escaso tiempo a la educación física.

La educación intelectual absorbe la casi totalidad del tiempo, pues ni siquiera los momentos destinados a recreo pueden aprovecharse en toda su amplitud porque la falta de espacio de los locales lo impide.

Los grados infantiles hasta tercero inclusive deben realizar una acción intensa, crear el hábito del ejercicio físico que ha de ser fuente de energía de carácter y de salud. Toda psicología moderna aconseja destinar esos años a formar el organismo que ha de resistir el esfuerzo intelectual que la vida va imponiendo a medida que avanza.

Es de esperar que la reforma educacional emprendida, contemple este importante problema y lo resuelva de acuerdo a su enorme importancia.

EXAMEN MEDICO

El examen médico no es una novedad introducida en el deporte moderno para darle a éste valor ante los ojos de la multitud. No. El examen médico de los atletas se practicaba ya en Grecia, limitado naturalmente a los recursos de su incipiente medicina. La salud de los atletas estaba severamente vigilada. El tiempo que permanecían en el gimnasio era de entrenamiento y de detenido contralor de su físico y de su conducta.

La educación física moderna tiende a establecer con carácter obligatorio la revisación médica y que se practiquen todos los principios higiénicos necesarios a fin de mantener un perfecto estado físico.

Entre nosotros, a propósito de los recientes Juegos Olímpicos, se ha dado a este asunto la importancia que tiene, considerando que

no es admisible supeditar el régimen de vida de los deportistas al arbitrio de los entrenadores, no siempre con probada capacidad técnica.

No es un secreto para nadie que con el objeto de bajar de peso en los deportes en que este factor establece las categorías: Box, Lucha, Pesas, se somete a los atletas a ciertos procedimientos artificiales que si bien reducen el peso, los colocan, en cambio, en un estado de debilidad propenso a consecuencias graves.

En estas condiciones no debe ir el atleta a enfrentar a su rival o a levantar el peso que sólo en estado normal perfecto puede levantar para triunfar en la competición.

Allí, en el momento en que necesita su mejor estado físico, no debe ir debilitado, casi desvanecido, a realizar esfuerzos quizá superiores a su propia capacidad, porque las contingencias de la competencia así lo exigen. No. De esto no cabe esperar sino un daño para la salud a más o menos corto plazo, y nadie tiene derecho de jugar con la salud del atleta.

Si el procedimiento es malo físicamente no

lo es mejor en el sentido moral, porque al rebajar artificialmente a un hombre de peso se pretende con ello lograr la ventaja de que compita en una categoría inferior que la que reglamentariamente le corresponde, falseando la realidad de los hechos.

Estas razones, que no son baladíes, fundamentan la resolución por la cual se requirió oportunamente la cooperación de una comisión de médicos especializados para que tomaran a su cargo la tarea de formular una cartilla que pueda ser aprovechada por todos los deportistas, aún por aquéllos que no intervengan en concursos.

La comisión de médicos estudió detenidamente el asunto, y al concretar conclusiones básicas que puedan irse llevando a la práctica desde ya, con miras a una perfección ulterior, aconsejó en primer término el examen médico.

Entregarse a la severidad de un entrenamiento, cualquiera sea el objeto que se persiga, así se tiente la probabilidad de ser incluído en la delegación que ha de participar en los Juegos Olímpicos o simplemente quemar las grasas para adelgazar, sin un cono-

cimiento previo de las resistencias propias, sin un examen de las cualidades, de las condiciones en que se encuentra el organismo, es inadvertencia que puede costar muy caro.

El atleta debe abstenerse de practicar ejercicios que no respondan directamente al fin principal higiénico que debe presidir toda ejercitación, porque otro procedimiento es contrario a la salud.

El examen médico descubre muchas enfermedades contagiosas que pasan inadvertidas para el mismo que las padece, porque no producen dolor ni tienen una exteriorización manifiesta.

Los exámenes más comunes, los que se verifican en los clubs para autorizar el uso de la pileta de natación, revelan una gran cantidad de enfermedades ignoradas por los pacientes.

Con referencia a las ventajas que el examen médico proporciona, imaginemos lo que puede resultar en beneficio propio, el conocimiento del estado de nuestro organismo para la regularización de las funciones; examen clínico general del aparato digestivo, respiratorio, circulatorio, de la piel y agre-

guemos los antecedentes médicos sociales, tales como la ocupación, medios de vida, operaciones quirúrgicas sufridas, enfermedades que le obligaron a guardar cama largos períodos de tiempo y hasta el examen de las funciones intelectuales y afectivas, podrá aquilatarse el alto valor que tiene esta medida de prevención que se ha adoptado.

La importancia que la civilización actual asigna a la cultura física, como base de la salud, obliga a adoptar los métodos y procedimientos que mejor sirvan para preparar organismos capaces de producir el mayor rendimiento con el menor riesgo.

Como consecuencia del examen médico el joven sabe cuál es el deporte o ejercicio que mejor conviene a su organismo y cuál lo perjudica.

Es interesante también elaborar pacientemente el historial del atleta porque con él se evita que pueda despistarse la iniciación de sobreentrenamiento, malestar físico funcional corregible antes de hacerse irreparable.

En la ficha de revisación médica se establecen medidas antropométricas, que son también puntos de referencia importantes que

marcan el desarrollo logrado. En esta forma, la preparación de los atletas es racional y científica, se seleccionan los mejores exponentes de salud y capacidad física sin exigir esfuerzos a quien no está en condiciones de realizarlos.

El examen médico establecido por nuestra Confederación Argentina de Deportes, se realizará periódicamente, durante el entrenamiento, antes y durante la selección definitiva, y, en todo caso, las revisaciones pueden determinar la eliminación del atleta.

Los que padezcan afecciones de peligro para la salud futura, descubiertas en la primera revisación médica, permanecerán en observación y si tres meses antes de la fecha del torneo no se hallasen curados, serán eliminados.

Es posible que, todavía, adolezca de muchas fallas la preparación científica del atleta, pero, con la perseverante acción privada y pública y sobre todo con la colaboración de los propios atletas ha de llegarse al entrenamiento científico más perfecto.

ENTRENAMIENTO

Los jugadores clásicos practicaban una especie de internado que duraba seis meses.

En ese tiempo un severo reglamento abarcaba toda la actividad del hombre: alimentación, entrenamiento, higiene y diversiones.

El viejo fondo de sabiduría popular había creado una serie de preceptos higiénicos y morales recogidos a través del tiempo y del hablar de los vates y maestros y los practicaban severamente en los estadios.

"El alma, decían, es el principio de la vida; cultivarla por la abstinencia y la moderación es asegurar la fortaleza, la salud y la gracia de Zeus".

No exigían entonces, solamente la fuerza, sino las condiciones que determinan una conducta intachable.

Las observaciones sobre el estado físico de los entrenados, se hacían minuciosamente,

indicando los menores aumentos o disminuciones de energía y certificando la corrección con que se cumplían sus obligaciones.

Acrecentar la fuerza muscular y la resistencia orgánica de una persona, por la subordinación a un régimen de vida, de alimentación, de trabajo, de ejercicio, de descanso, constituye el entrenamiento que en el concepto deportivo significa preparar el organismo para soportar una fatiga superior a la que está habitualmente acostumbrado.

No es la repetición mecánica de un ejercicio para lograr que tales o cuales músculos adquieran un mayor desarrollo y para que aumente el poder de esos músculos y la resistencia a la fatiga del corazón y los pulmones. Es la ejercitación sistematizada para desarrollar determinada energía que permita sobrepasar con éxito los límites normales.

Para correr 10.000 metros o la carrera de Marathon no habrá que correr todos los días ni siquiera periódicamente esas distancias, sino preparar el organismo todo, para llegar paulatinamente a esa posibilidad.

En todos los deportes hay la dosificación

previa de ejercicios adecuados para arribar al estado de perfecto entrenamiento.

Pero no hay que confundir perfección de entrenamiento con perfección de formas atléticas. A veces el atleta logra perfección de las formas exteriores, pero ellas no guardan, en energía de todo el conjunto, la relación correspondiente. En otros casos el atleta ha llegado al máximo de fuerza por la ejercitación gradual y metódica, pero no puede mantenerse mucho tiempo en este estado y con poco esfuerzo más se pasa al sobreentrenamiento que es un estado de surmenage y disminución. El máximun de la perfección, el apogeo, diré, no es, no puede ser un estado permanente.

Es un estado pasajero que termina al cabo de corto tiempo. La menor variación de régimen, la alteración más pequeña de las costumbres, bastan para que el atleta entrenado pierda gran parte de las fuerzas que adquirió.

Repito: la forma atlética aunque sea bella y también fuerte no es siempre manifestación de salud. Hay que cuidar de no excederse en el ejercicio. Por obtener el premio de

un deporte, perder la salud; la salud que es lo que el deporte busca.

Es lógica y legítima aspiración pedir al ejercicio físico la salud, que nos da la resistencia para contrarrestar la acción de los agentes exteriores que nos acechan; pero es ilógico y contranatural pretender mantener eternamente el máximo de la resistencia orgánica sobre la base de métodos y procedimientos artificiales que en una o en otra forma tienen que gastar el organismo.

Los efectos del entrenamiento se aprecian de inmediato en el sistema muscular y en el funcional. Una persona que se subordina a entrenamiento al poco tiempo observa modificación en su contextura exterior, aumento de fuerza, resistencia a la fatiga y una marcha regular de todas las funciones del organismo.

El cambio de alimentación y la subordinación a un método cambia la cantidad y la calidad de los tejidos en sus partes constitutivas.

La alimentación durante el entrenamiento debe responder a las necesidades del atleta, porque en ese tiempo más que en ningún otro

momento de la vida, el organismo es una máquina que necesita dosificar la cantidad y calidad de combustible para que dé el rendimiento que se desea obtener.

Una persona que se entrena no debe cambiar bruscamente su régimen alimenticio. Por otra parte debe comer moderadamente y despacio. La masticación apresurada es perniciosa y llena de peligros para el estómago.

La duración del período de entrenamiento para participar en un concurso es variable.

Una vez adquirida la aptitud deportiva fruto de una larga y metódica labor, colocado ya el atleta en estas condiciones, el entrenamiento severo para participar en un concurso puede calcularse, en general, dentro del término de un mes y medio como máximo.

Es indispensable, y sobre este particular llamo especialmente la atención de los jóvenes deportistas, que ninguno se someta porque sí a un entrenamiento severo. Para su propio bienestar, para su tranquilidad personal, para sus éxitos, si ha de lograrlos, antes de iniciarse en un entrenamiento, el deportista debe recurrir al examen médico, a que me he referido en otra oportunidad.

Las prácticas del entrenamiento suponen que los órganos encargados de eliminar los residuos del trabajo muscular funcionan a la perfección. El corazón, los pulmones, los riñones, el hígado, la piel, el intestino, la boca, los oídos, habrán sido, pues, objeto de un examen previo que demuestre que todos estos órganos y aparatos permiten un recargo en su ejercitación habitual que ha de redundar en beneficio y no en detrimento de la salud.

El entrenamiento con la mira única y exclusiva de participar en los Juegos Olímpicos es, en cierta forma, inútil y hasta, llegado el caso, peligroso. Es necesario que haya una preparación que sea suficiente y continua que permita hacer frente a un esfuerzo que no dañe el físico.

El objeto y fin de la práctica del deporte es forjar la salud y a ello debe subordinar su voluntad para cumplir las resoluciones que se imponga, para privarse de los placeres que le sean perjudiciales.

Entrenarse físicamente no es sólo confortar el cuerpo, es además, y muy principalmente confortar el espíritu, educar la volun-

tad, fortalecer el carácter, en una palabra, embellecer el alma y enriquecer de energías el cuerpo, como era el ideal griego.

Para subordinarse a una práctica, a un régimen se necesita en primer término *querer hacer*. Luego se dispondrá *a hacer* y por fin *hará*. Pero al cumplir esta última parte, al *hacer,* sobrevienen los contratiempos, las desechanzas, las desilusiones quizás, el descorazonamiento por la falta de resultados inmediatos o por lo tardío de los resultados o por las contrariedades que se oponen, a las que no son ajenas quizás los consejos y direcciones del entrenador.

La función del entrenador es una función delicada que no puede ser desempeñada por cualquier persona por el mero hecho de que haya sido un destacado deportista, un campeón tal vez, o un profesional que en su deporte no haya conocido la derrota.

El conjunto de cualidades que elevan al atleta, a consagrarlo campeón, no son suficientes para transformarlo en un buen entrenador. Podrá enseñar su táctica, su destreza, estimular con sus relevantes condiciones de

superioridad, con relación a las de otro que no ha logrado ser campeón, pero eso no basta.

La función del entrenador es más compleja. En primer término debe estar bien compenetrado de toda la técnica del deporte como asimismo de las reglas que lo rigen hasta en su más mínimo detalle.

Debe saber luego cuáles son los procedimientos más adecuados para lograr el mejoramiento de las condiciones del atleta y cuáles son las reacciones que de su aplicación debe esperar en el organismo, para mantenerlos, intensificarlos o cambiarlos, según los resultados que se operen, ya que la naturaleza o el estado de los atletas difiere y, a veces, fundamentalmente.

Debe poseer las dotes necesarias para apreciar de inmediato cuándo un atleta llega a su máximo estado de preparación y cuándo está sobrepasado de entrenamiento para indicar los cuidados que en cada caso correspondan.

Debe tener conocimientos sólidos de anatomía y de fisiología que le permitan aquilatar la mayor o menor gravedad de las manifestaciones exteriorizadas o accidentes pro-

ducidos, para evitar la intensificación de un mal, requiriendo oportunamente la intervención médica.

Debe además poseer un agudo espíritu observador que le permita conocer las reacciones psicológicas de sus discípulos, tan frecuentes en los momentos álgidos de la lucha y condiciones de serenidad y de equidad, para valorar sin desmedro la valía del adversario, a quien a veces se desdeña sin conocerlo.

Figura indispensable en la lid, debe tener esa honradez y dignidad que tenían los entrenadores griegos, largamente admirados por la inquebrantable rectitud de sus caracteres.

VALOR MORAL DE LOS JUEGOS

Concepto indiscutible la importancia que tienen los juegos como recurso de higiene corporal del individuo, cualesquiera sean la edad, la profesión y el lugar donde vive, y, muy especialmente, los juegos al aire libre cuya influencia es manifiesta en todas las energías vitales, en el desarrollo armonioso de todos los órganos y en la regularidad de todas las funciones.

La influencia de los juegos va más allá; llega al espíritu en un activo ejercicio de todos los sentidos y de todas las facultades intelectuales. Estimulada su práctica con la competencia y la incitación pública, los juegos duplican su valor, por cuanto sirven en primer término a los que los ejecutan y luego porque proporcionan un espectáculo sano y agradable a los que disfrutan en su contemplación.

El proceso de la autoformación se inicia en la adolescencia y los rasgos que en esta época se fijan en el alma se acentúan y fortifican durante el resto de la vida.

De aquí que, considerados en el orden moral, los juegos marquen un alto valor como factor autoeducacional de la juventud, y, si a ello agregamos que en los juegos se presenta el fuero interno de los individuos, se exterioriza la personalidad de cada uno, se revela el *yo* con la misma exactitud con que un espejo refleja las imágenes, brindan, entonces, la oportunidad de la intervención educadora.

La violencia manifiesta del que se escuda en su fortaleza y vigor preponderante para vencer en la lucha, haciendo caso omiso de las reglas, denuncia una predisposición equívoca respecto del uso que debe hacerse de la fuerza. El requerimiento incesante de la atención del juez, en todas las incidencias, demuestra poca fe en sí mismo para salvar los obstáculos o contrarrestar los inconvenientes.

La obstinación en conseguir tal o cual resultado no es siempre hija legítima de la dignidad, es, a veces, la consecuencia del amor propio herido o de la propia vanidad que echa

mano de todo recurso, hasta de la violencia para obtener siquiera una parte de lo ansiado.

Ninguna manifestación de la vida brinda mejor oportunidad que los juegos para apreciar las calidades morales. Desfilan en cada episodio del juego los mil caracteres que clasifica la psicología.

El temperamento enérgico que se afirma en un propósito e insiste en procura del éxito o el versátil que apenas muestra interés ante los triunfos fáciles sin esforzarse por ninguno; el que no confía en sus fuerzas pero que se estimula y alienta con la ayuda de los demás; el que brega con tesón a pesar de las derrotas o el que abandona la lucha dejando todo librado al esfuerzo de los otros; el que está dispuesto a seguir y recurre al consejo y la dirección de los que considera en más o el que se coloca en la esfera independiente de toda subordinación; el de temperamento recto que demuestra aversión por toda irregularidad, falla, torpeza o grosería o el que se complace y las provoca; el que se emociona ante la mala caída o golpe sufrido por el compañero o el que es indiferente; el retraído, el esquivo que rehusa y desecha toda amistad

y consejo o el afectivo y obsequioso que constantemente brinda su bonomía y su cariño; el que trata de impresionar con sus fanfarronadas o el que, modesto, va conquistando posiciones con acción perseverante.

Pueden apreciarse sin dificultad las reacciones instintivas de cada uno; el que envalentonado se torna agresivo avivando sus ataques y la violencia de sus palabras; el que agravia e insulta o el prudente y reposado; el que provoca el estruendo hasta ensordecer o el que busca la onda serena de la tranquilidad; el que tiene fe en la autoridad, la respeta y la acata sin dilaciones o el que desoye su mandato, discute su fallo, rezonga y se encoleriza.

En el juego se exteriorizan sin esfuerzo las condiciones de inteligencia y de actividad mental innatas. Se revela el que aprende a interpretar inmediatamente las reglas establecidas o el que a pesar de reiteradas explicaciones incurre en yerros manifiestos; el ingenioso que discurre e inventa con prontitud y facilidad o el imitador mecánico; el de concepción rápida que pone a contribución su iniciativa y se complace con la satisfacción

de sus compañeros o el de comprensión tardía.

Actitudes opuestas que crean, desde luego, situaciones distintas son las que descubren el tímido y caviloso o el que arrojado y valiente campea y afronta las consecuencias; el que procede con cautela o el impulsivo que llevado de la impresión del momento habla y procede sin reflexión; el obediente hasta la sumisión o el mandón que ostenta autoridad en demasía; el abúlico, irresoluto y falto de energía o el osado y resuelto hasta la imprudencia; el díscolo provocador de continuas reyertas o el suave, apacible y tolerante; el perturbador y revoltoso que trastorna el orden y concierto de las cosas o el sosegado y quieto que se mantiene siempre dentro de la línea de corrección; el turbulento e incontenible que se altera e irrita ante la menor contrariedad o el paciente y sufrido que tolera todas las adversidades sin perturbar su ánimo; el obstinado que porfía con necedad sin dejarse vencer por las persuaciones razonables o el dócil, blando y fácil a toda enseñanza.

El impulso fundamental de la vida, el con-

cepto más perfecto, es la lucha tenaz del hombre en procura de su perfección, por eso hay que estimular las energías, redoblar el esfuerzo, fortalecer al débil, animar al decaído, y ese poderoso excitante moral se encuentra en los juegos, que en todas sus manifestaciones acrecientan las virtudes, fortalecen el valor, vigorizan los sentimientos y aguzan la inteligencia.

Las leyes del juego ponen a prueba el carácter del jugador.

Su voluntad, por firme, por enérgica y libre que sea está acechada siempre por los cambios que momento a momento se operan en el desarrollo del juego.

Las reacciones inesperadas de las jugadas, las incorrecciones propias o extrañas, los asaltos fuera de regla, la técnica desconocida, exigen una concentración mental y espiritual intensa para resolver la actuación de cada momento.

La libertad, la iniciativa, la visión posterior, el impulso, están limitados por la actuación de los demás y por las imposiciones de la disciplina.

El juego es formativo. Es el canto de la

juventud a la juventud en el marco severo de la justicia y del honor.

No es la lucha cruel, el triunfo mezquino del instinto, la maña baja que se esconde para obtener una ventaja indigna.

En esta singular batalla el ascendiente de la personalidad, la estimación de los compañeros son más preciosos que el propio éxito. Y en ello reside la grandeza del juego, su mayor valor, quizás como elemento de cultura: une, forma esas grandes amistades que nos acompañan a lo largo de la vida. Rechaza el egoísmo, la envidia, el odio, que son en realidad formas obscuras de amistades malogradas.

El juego como exponente de cultura nacional es también un medio de vinculación amistosa entre todos los pueblos de la tierra.

Lo fué en su iniciación, en los primitivos Juegos Olímpicos, cuando se suspendían las guerras para que éstos tuvieran lugar y ¡ojalá! los Juegos Olímpicos de la era moderna sean también vínculo de paz que inicie el saludo confiado y generoso de la juventud.

EL CANTO EN EL DEPORTE

Los coros magníficos entonados en el estadio de Berlín, en los Juegos Olímpicos últimos, pusieron una nota emotiva y altamente espiritual en el agitado ambiente deportivo.

Esta iniciativa reacciona contra el falso concepto de relegar al teatro, a la iglesia o a la escuela el canto coral.

Incorporar a las justas deportivas este valioso elemento cultural es, sin duda, idea provechosa que debiera difundirse ampliamente.

Aparte de los beneficios de orden higiénico que su práctica produce, el canto significa un ejercicio de disciplina, de orden y hasta de comunión espiritual consigo mismo, pues su práctica contribuye a fortalecer principios éticos casi olvidados.

La ejercitación física de la primera edad va constantemente acompañada de cantos que

el niño entona con especial complacencia y que singularizan en las rondas, cuya letra y música aplica luego a otras actividades de la vida.

Sin embargo, en los Clubs, donde existen niños de corta edad, no se practica ni se enseña canto alguno, como si por el hecho de ser Club, esta ejercitación estuviera reñida con la cultura física.

Los jóvenes sólo cantan en los colegios bajo el imperativo del deber. Rarísimos son los casos en que los deportistas entonan una canción, para expresar la alegría de un triunfo.

Y aunque la letra y la música de nuestras canciones patrióticas son descriptivas, apasionantes y bellas, raras veces las hemos escuchado cantar con verdadero fervor.

Los jóvenes, a los varones me refiero, creen equivocadamente, que cantar los himnos de la patria con porte airoso y con sincera emoción, es algo muy baladí, como creen que es infantil e impropio de su edad de jóvenes alinearse en correcta formación y marchar llevando el paso y el compás.

No se han detenido a meditar que cada nota de todo himno heróico es un grito exal-

tado de amor y de sacrificio humano en pro de la patria.

Nuestros jóvenes, no deben creer como los antiguos romanos, que el canto es más propio de mujer. La música es espíritu vivo, que nos eleva por sobre lo mezquino y lo vulgar, es un lenguaje que pertenece a todos por igual. Los griegos cantaban los *Peanes* con una unción digna de nuestros coros gregorianos.

Cantar en conjunto las canciones de la niñez es mantener la pureza del alma; cantar en conjunto las canciones de la pubertad es encenderse en pasión y en entusiasmo; cantar en conjunto las canciones nacionales es animarse, envolverse en ardorosa y patriótica solidaridad.

El Comité Internacional Olímpico ha impuesto el Himno Olímpico de Strauss para infundir la belleza del canto en toda la juventud del mundo.

Cada Club deportivo, cada institución de cultura física debiera tener como divisa una canción y debiera obligar a sus asociados a entonarla, para celebrar jubilosos la hora del triunfo, para enaltecer el esfuerzo y la con-

ducta del vencido, para animarse y vigorizarse cuando la victoria no es propicia; porque el deporte es una contienda amistosa en que compiten los valores en un común anhelo de perfeccionamiento y a la que debe envolver en todos los momentos una aureola de alegre camaradería.

EL ESPIRITU DE SOLIDARIDAD EN EL DEPORTE

Solidaridad, vale decir mancomunidad, participación igual, la misma obligación, la misma responsabilidad, en lo material como en lo moral, de cada uno por todos o de todos por cada uno. Es la primera condición que debe desarrollarse en el individuo, para que se extienda a las instituciones y se propague luego a las multitudes y después entre los pueblos.

El sentimiento de solidaridad es un sentimiento generoso, en pugna constante con los sentimientos egoístas. La abnegación, el sacrificio, el desinterés personal, las nobles aspiraciones de amor al prójimo, son su fundamento básico.

La solidaridad en el deportista se manifiesta en la consecuencia del proceder para

consigo mismo en relación a la norma de conducta que se ha establecido. Sus actos no son, no pueden ser la solución aislada de la situación del momento. No. Todas las acciones del hombre están íntimamente ligadas a las enseñanzas del pasado y a las previsiones de lo venidero.

No es solidario consigo mismo el deportista que abusa de su fuerza y de sus energías vitales. Juega con su vida y con su salúd. Gasta anticipadamente el capital que le ha proporcionado la naturaleza. Es un dispendiador y tarde o temprano pagará las consecuencias de su vida desordenada.

La conducta moral de los hombres en la vida se aprecia por la continuidad de sus acciones en la línea recta, vale decir por la solidaridad que el hombre guarda para consigo mismo, con su propio yo.

"Las resoluciones sucesivas se hallan ligadas entre sí, pues, las que tomamos hoy son en parte consecuencia de las que antes adoptamos y habrán de influir en las que después adoptaremos".

Para que exista solidaridad es indispensable que haya unidad de acción, es decir, con-

formidad de los ánimos y de las voluntades. No se concibe solidaridad donde exista diversidad de opiniones, tendencias distintas, puntos de vista diferentes, trabajando todos en desacuerdo.

El individuo que disiente con el ambiente general, que está siempre en abierta oposición con los demás, en el mejor de los casos está fuera del medio propicio, servirá sí de obstáculo para que se realicen las iniciativas que se proponga el conjunto. No podrá hacer nunca obra solidaria, y sus propósitos, por buenos que sean, fracasarán porque no está en su medio.

El deportista que constantemente ve el reverso de la medalla, que protesta siempre de la acción que desarrolla el compañero, de las medidas que adopta el capitán, de las resoluciones de los dirigentes del Club o de la Asociación a que pertenece, de las disposiciones que adoptan las Federaciones, ése, no puede hacer obra solidaria ni en su equipo, ni con su Club, ni con el deporte. Su acción en el equipo, en el Club, será anarquizadora y disolvente, provocará el desaliento y sólo conseguirá malograr los más edificantes es-

fuerzos. No podrá vivir en mancomunidad con los demás hombres, terminará por ser un díscolo, que vivirá aislado, envenenándose con la amargura de su propia hiel.

La solidaridad se demuestra en lo grande como en lo pequeño.

El jugador que se presenta en la cancha mal alineado, o con la ropa desprolija; el que no usa el uniforme de su Club porque no le atraen sus colores o porque le atraen más los de otra institución, el que falta a los entrenamientos o llega tarde a las citas, carece de espíritu de solidaridad. Con su proceder siembra la indisciplina, interrumpe el ritmo del orden.

El deportista que no trata con cuidado los útiles de juego, muebles, enseres y canchas o no vela por su conservación; el que desperdicia los elementos consumiendo o gastando sin necesidad; el que está siempre reclamando la pelota nueva; el que en lugar de hacer un nudo en los hilos de la red contribuye a agrandar la rotura; todo ello porque pertenece al Club, porque pertenece a la comunidad, ése, además de ir en contra de sus propios intereses, no tiene espíritu de solidaridad.

El deportista que exige comodidades que el Club no puede proporcionar a los asociados, porque se carece de recursos para ello, o porque a juicio de los dirigentes hay otras necesidades de beneficio general que son más imperativas; el que pretende acometer una empresa de resultados problemáticos contra el pensamiento reposado y tranquilo de los que han experimentado muchas vicisitudes en la vida, provocando así disidencias y malestar entre los asociados, ése, carece de espíritu de solidaridad.

Perfectamente de acuerdo con el individuo emprendedor que aspira a ver pronto convertidas en realidad sus iniciativas de progreso, siempre que ellas estén supeditadas a la mesura y a la oportunidad de tiempo y de lugar. El impaciente que pretende adelantarse al tiempo y a su época fracasa lamentablemente y, aunque tarde, se convence de la inutilidad del esfuerzo realizado y de las ventajas que pudieron haberse obtenido haciendo obra solidaria con los que siguiendo los pasos de la experiencia marcan la senda de la labor positiva.

El deportista que no presta atención a las

instrucciones y direcciones de sus capitanes o entrenadores, que demuestra mala voluntad para cumplir determinada función; que por obcecación a su idea o por dar preferencia a sus conveniencias particulares no asiste, o asiste de mala voluntad, a las prácticas o a los ejercicios de entrenamiento, no posee espíritu de solidaridad, porque se es solidario en los hechos, en las palabras y en las intenciones. Los próceres, los héroes, los mártires en todas las épocas del mundo han sido ejemplo de desinterés individual, sacrificado al beneficio de los demás.

La solidaridad, obligando a todos a seguir determinada orientación, es base del orden y colocando a todos en las mismas condiciones ante la ley, es cimiento de igualdad y germen de justicia.

El hombre no es un ser que haya nacido para vivir aislado y la misma forma de venir al mundo le impone obligaciones morales con respecto a los seres a que se halla unido y a los que en el transcurso de la vida han de contribuir a su perfeccionamiento. Por ello y por mayor que sea su egoísmo tiene nece-

sariamente que recurrir a la vida social en comunidad con los demás hombres.

La vida en común exige la solidaridad, y, la lucha contra los elementos, la acción conjunta, modificando y adaptando el yo a las conveniencias generales.

Shopenhauer en un apólogo refiere como los puerco-espines de un rebaño, en un crudo día de invierno, se amontonaban y estrechaban para protegerse con su propio calor de los efectos de la helada.

Molestados por sus propias púas los puerco-espines se distanciaban, pero en cuanto el frío los acometía volvían de nuevo a acercarse y de nuevo sufrían las molestias de sus púas.

Y siguieron alejándose y acercándose hasta que encontraron la distancia que les evitaba los pinchazos y les comunicaba el recíproco calor.

La necesidad de formar una sociedad organizada ha determinado a los hombres a unirse, siendo indispensable para que esa unidad perdure, que cada individuo actúe y obre con vistas al interés general, lo que disminuye por cierto sus derechos. Ha realizado

lo que los puerco-espines trataban inútilmente de obtener, porque el hombre tiene el enorme poderío de su pensamiento. El lo ha guiado en la perfección de su estado orientándolo en círculos cada vez más amplios.

El espíritu de solidaridad se acrecienta por la educación, las tradiciones, el medio social, la lengua, la religión, las costumbres públicas, las manifestaciones de arte, de cultura, de comodidad, de belleza; fuerzas todas que arrastran, que dominan al individuo impotente para luchar contra ellas.

Esas fuerzas que ejercen su influencia sobre el hombre desde que ve la luz hasta que cierra los ojos determinan la solidaridad social, a la que no puede eludir sino marchando al margen de la sociedad como un ser negativo y hasta gravoso para la convivencia social.

La manera común de pensar o de sentir, la semejanza de las ocupaciones, la vecindad en el domicilio o el regionalismo y tantas otras causas que tonifican y acrecientan el espíritu de solidaridad, han dado lugar a la formación de las asociaciones deportivas que

se han desarrollado y florecido de un extremo al otro del país.

Los juegos por equipo son los que más contribuyen a desarrollar el espíritu de solidaridad, ya que en todo momento exigen el mayor rendimiento en favor del conjunto con detrimento del interés personal.

El espíritu de solidaridad se manifiesta por el cariño que el deportista demuestra al grupo de que forma parte, al equipo en que juega, al Club a que está asociado.

El deportista ha de demostrar su espíritu de solidaridad en la unidad de acción para la buena causa, para la propagación de las nobles virtudes, en una palabra, para todo lo que tienda al perfeccionamiento físico y moral.

La solidaridad favorece la unidad de pensamiento y da lugar a las más grandes creaciones que el espíritu humano pueda concebir. El sentimiento de patria es una manifestación del espíritu de solidaridad. El ciudadano hace vida solidaria con sus antepasados y al aprovechar los gérmenes de cultura y progreso que depositaron en el medio social las generaciones que fueron, trabaja durante

su vida para aumentar el caudal que lega a las generaciones del porvenir.

Los Comités Olímpicos de todo el mundo hacen obra solidaria de difusión del deporte y de propagación de las ideas de paz y de concordia que un día unirán a todos los hombres de la tierra.

EL BUEN DEPORTISTA

Buen deportista es el individuo que practica el deporte con el único fin de perfeccionar sus aptitudes físicas y morales.

La práctica del deporte debe ser fuente de fortaleza y de vigor físico y a la vez severa disciplina en la formación del carácter. El *buen deportista* no debe sustraerse a esta finalidad.

La ambición de ganar por más que sea lógica y humana, no es, no debe ser el único objetivo, el norte, el punto de mira del *buen deportista.*

Es cierto que toda competencia trae aparejado el resultado y que todos aspiramos a que, en éste, el fiel de la balanza se incline a nuestro favor para con ello demostrar la efectividad de nuestras condiciones, las ventajas de un método, la severidad de un entre-

namiento o acaso nuestra superioridad. Para ello debemos meditar serenamente sobre las habilidades que poseemos, el conocimiento del juego, los más recónditos recursos, las más finas sutilezas, pero todo de buena ley y dentro de la hidalguía y la caballerosidad.

Son condiciones que caracterizan al *buen deportista*: Observar en todo momento las normas caballerescas, revelando de manera indubitable, corrección de proceder, decoro en los gestos, mesura en la palabra, dominio en la acción. No aceptar, ni menos promover, situaciones enojosas. Ganar con juego y sin pedantería. No discutir ni emplear malas artes; aplaudir sin reservas las buenas jugadas de los contrarios; reconocer en el adversario las condiciones de superioridad. Perder sin murmurar. Jugar por amor al deporte, considerar que la situación personal nunca debe prevalecer ante la situación del conjunto y que todo lo que se hace en el deporte y por el deporte redunda en beneficio propio.

Los malos modales, los gestos descorteses, sólo demuestran insuficiencia de educación y acarrean la antipatía y mala voluntad de jueces, de contrarios y de espectadores.

El jugador que protesta o critica al árbitro, que discute sus decisiones o que simplemente de palabra o por gesto demuestra irreverencia contra su fallo, no puede ni debe calificarse como *buen deportista, no es un buen deportista* y en consecuencia no es acreedor a que se le elija representante.

El jugador que rezonga o que discute las resoluciones u órdenes de su capitán, que las obedece de mala voluntad o que las desacata, que burla las consignas y la confianza en él depositada, no es un deportista leal y correcto, no pone de su parte todo el empeño y fé que son necesarios para perfeccionarse. Es un elemento discordante, dañino, perjudica el espíritu de cuerpo y de solidaridad que cada uno de los deportistas está en la obligación de mantener y fortalecer. *No es un buen deportista, no es un deportista digno,* no es, entonces, acreedor a que se le elija representante.

El jugador que juega para el público para lucir su habilidad, sus condiciones, acaso superiores en el cuadro en que actúa, que juega para destacarse sobre la acción de sus compañeros en lugar de secundarlos en su

empeño y substituirlos en sus deficiencias, que se conduce así en detrimento de la unidad y disciplina del equipo; que sacrifica en esta forma la eficacia del juego, únicamente para satisfacer su vanidad, *no es un buen deportista, no es un deportista digno,* no es, pues, merecedor de que se le elija representante.

La representación en cualquier forma y por cualquier motivo comporta siempre un honor para quien la ejerce y no debe confiarse el honor de la representación a quien carece de las condiciones indispensables para ejercerla.

EL CAMPEON

Campeón, según el concepto antiguo, el héroe que abre campo y entra en la batalla. El esforzado, el adalid, el triunfador. Si ama la victoria es para alzar sobre sus alas tendidas el nombre de su patria y el honor de su hogar. Un ramo de oliva es la única recompensa. "Sólo aspira a la fama y ni riquezas ni placeres ama". (1).

Es Diágoras coronando reiteradamente su frente con las flores de la victoria por sus triunfos en el pugilato.

Es Gerón, Rey de Siracusa, cabalgando su noble corcel y protegiendo con su cetro justiciero a la Sicilia con sus ricos rebaños.

Es Ergino, cargado con su armadura de bronce y proclamando, en medio de la enlo-

(1) Píndaro.

quecedora algazara del triunfo: "Mi corazón vale mucho más que mis pies".

Es Jenofonte, venciendo en el pentatlo y la carrera, a quien la victoria, con sus alas de oro, le ciñe reiteradamente la corona de apio de los juegos ístmicos, que la lleva con orgullo durante su vida centenaria, dándole fuerza para ser el gran filósofo e historiador griego.

Para el *campeón* los poetas griegos imploran a los dioses el amor y el respeto de los extranjeros, porque el *campeón* marcha recto en la vida detestando la injusticia y compenetrado de los sabios consejos que le legaron sus antepasados. Ceñida la frente con la rama triunfal, más que un ciudadano griego es el símbolo viviente de la patria.

Si es poderoso su brazo, grande también es su talento. Si en el combate es el primero, en el seno de la sociedad su trato da normas. Es la más perfecta concepción de la vida. El hombre en incesante lucha para obtener su perfección. Y ese afán de superación constantemente estimulado por fuerzas internas o el acicate exterior de la competencia, aho-

ra como antes, determinan a realizar los esfuerzos tendientes para lograr ser campeón.

El *campeón* es el exponente de perfección y para llegar a ello es menester subordinar el cuerpo y el espíritu a una severa disciplina.

Ser *campeón* quiere decir haber sido perseverante, haber trabajado empeñosamente, haber luchado con tesón; haber aguzado la inteligencia; haberse confortado con los reveses, haber aceptado las derrotas como nuevas enseñanzas; haber perdido con altura; haber atribuído la derrota a la propia insuficiencia; haber buscado el error para corregirlo, y corregirlo; haber procurado mejorar y haber trabajado para lograrlo; haber sacrificado el amor propio para aceptar las ideas de los otros a quienes se considera más capaces; haber insistido una, dos, diez veces en determinada práctica, todas las que han sido necesarias para convencer de su eficacia o de su inutilidad; haber sufrido privaciones, sacrificando paseos, fiestas, agasajos, distinciones, placeres; haber reunido, haber condensado, haber practicado este cúmulo de condiciones morales que fortalecen el carácter: eso significa ser *campeón.*

Ser *campeón* es, pues, ser idealista, soñador acaso, y trabajar y luchar por llegar a la realidad de ese sueño.

Por eso el *campeón* tiene su valor de emulación enorme y por ello se exalta su importancia para tender a mejorar por el estímulo las calidades de los que se esfuerzan.

Y bien, esas calidades morales observadas y practicadas para llegar a ser *campeón,* deben acendrarse en tal forma que hagan del deportista un hombre útil, porque el deportista, además de futbolista o nadador o atleta, es agricultor, es empleado, es comerciante, es médico, es abogado.

La sujeción, el hábito, el asentimiento interno, racional, pronto, gustoso, para seguir determinadas prácticas identificadas con un ideal, ése es el resultado que el *campeón* asegura.

Voluntariamente se acostumbra a regular su vida acto por acto. Por su propio designio es diligente, activo, puntual, cumplidor, ordenado, minucioso, prolijo. No difiere de un momento o de un día para otro la práctica de las obligaciones que se ha impuesto,

sigue el principio que le parece mejor y lo observa con la estrictez de una ley inviolable.

Ante la idea de un placer examina todas las circunstancias, y observa cuáles serán las satisfacciones que le produzca y estima cuáles las que obtenga si se abstiene de él. Pone cuidado para no dejarse seducir por los encantos, la dulzura, y el atractivo del deleite y *vence al deseo.* Adquiere por propia convicción la *fortaleza moral.*

Y son esos valores los que afirman y garantizan la independencia personal dando relieves propios de singular característica en la convivencia social.

El *campeón* moderno, a semejanza del clásico, debe aspirar al equilibrio de la fuerza y del espíritu. Debe entrenar en severa disciplina el sentido de la justicia, la lealtad, el amor al bien con el mismo entusiasmo que dedica a su cuerpo.

En las horas vibrantes y apasionadas de la prueba su brazo defiende el torneo, pero su espíritu guarda el tesoro sin precio de su nacionalidad, la ideología de su pueblo. Por eso los griegos no permitían que los bárbaros tomaran parte en las fiestas olímpicas y la

excepcional inclusión de un extranjero significaba otorgar la carta de ciudadanía más honrosa.

Y si lo único imperecedero, lo único inmutable son las cualidades del espíritu, sean nuestros campeones lo que fueron los campeones clásicos, para que podamos también nosotros impetrar a nuestro Dios con el canto de la VII Olimpíada grabado en letras de oro en todos los templos de Grecia.

"¡Oh Dios de las alturas! Honra con una mirada al héroe que ha conquistado la victoria, dale el respeto y el amor de sus conciudadanos y de los extranjeros, puesto que él marcha recto en la vida, detestando la injusticia y compenetrado de las nobles virtudes de sus antepasados".

EL JUEZ EN EL DEPORTE

La justicia es una idea absoluta, es la constante y perpetua voluntad de dar a cada uno lo suyo, a cada uno lo que le corresponde. Tal es la definición clásica.

Es el sueño más bello que duerme en el alma del hombre.

Como valor es también absoluto, imperturbable, ajena al halago, constante en sus decisiones. Pero el alma imperfecta del hombre limita el horizonte de su augusta majestad.

La justicia es idéntica en lo grande como en lo pequeño. El que resuelve sobre la vida de un hombre o sobre la actuación de un joven en el deporte siempre aplica sus leyes inquebrantables.

"El juez debe proceder por convencimiento y persuasión, dice Sócrates, porque no

ocupa su sillón para hacer lo que le parezca violando la ley, sino para obrar en justicia obedeciéndola. Así por juramento lo ha prometido y no está en sus manos hacer gracia a quien le parezca mejor, sino que tiene la obligación de hacer justicia".

He querido traer este concepto clásico, tan actual hoy, como en la lejana cultura griega, para significar la enorme trascendencia que tiene en la vida del hombre la distribución de la justicia.

Juez en el deporte es la persona encargada para dirigir el juego. En algunos deportes, el fútbol, el rugby, el basket-ball, se le designa con la palabra *referee,* son así, palabras sinónimas. Suele emplearse también la calificación de árbitro, pero, si bien las funciones de éste pueden considerarse análogas entre el *juez* y el *árbitro,* hay jerarquías; tal sucede en algunos deportes en que actúan varios jueces y luego un árbitro decide las diferencias que puedan suscitarse.

La rectitud e independencia de criterio, la imparcialidad son las primeras condiciones que debe exigirse a un juez. Allí finca su primera dignidad. No siempre se destacan en

la humana condición, surgiendo de su flaqueza el sinnúmero de cuestiones e incidencias desagradables.

La función del juez en el deporte no es de *amigable componedor,* hombre bueno que decide las cuestiones sometidas a su fallo conforme a su leal saber y entender.

El deportista que actúa de juez ha de poseer un amplio conocimiento del juego y de los reglamentos que los rigen y un elevadísimo concepto de esa delicada y difícil función.

En el cumplimiento de su cometido no deben tener influencia ni la simpatía, ni los afectos personales, ni la vinculación, ni la pasión partidaria y ha de proceder siempre con entera independencia y rigurosa imparcialidad.

Ha de unir a ello la fuerza de carácter para que el apasionamiento de los espectadores y sus vehementes manifestaciones no ejerzan presión en su ánimo, ni tuerzan los dictados de su conciencia, que ha de estar siempre inspirada en el culto de la verdad.

Ha de cuidar también que sus decisiones sean perfectamente claras, inequívocas, que

dejen de inmediato la sensación de completa seguridad y acierto, para que tanto el deportista como el espectador adquieran esa confianza que transmite el que sabe y tiene la certeza de lo que hace.

Los fallos indecisos, la falta de firmeza no definen las acciones e introducen cierta incertidumbre entre los jugadores. Si las acciones no se resuelven categóricamente, cunde el desconcierto, y ante la perplejidad de unos, los menos escrupulosos sacan ventaja en detrimento de la corrección del juego.

Entra el desaliento en el perjudicado, la observación del juez es discutida, el espectador critica con acerbas manifestaciones, el juego pierde en interés, en corrección, y desde luego en calidad y beneficio.

La falta de firmeza del juez revela desconocimiento de las reglas del juego o debilidad en sus decisiones, circunstancias que son pronto advertidas por el espectador y en muchas oportunidades es, precisamente, el comportamiento del juez el que da lugar a los excesos de la multitud.

A veces los espectadores en el ardor de la pasión atribuyen al juez parcialidad en

sus decisiones y con gritos, gestos y amenazas pretenden inclinarlo a favorecer situaciones contrarias a su conciencia y a la forma en que realmente se va desarrollando el juego. Es en esta circunstancia cuando el juez necesita, más que en ningún momento, demostrar que la justicia no es sólo una virtud, sino que es también la expresión del equilibrio, de la armonía interior del hombre y cuando debe hacer uso de sus condiciones de rectitud y aplomo manteniendo en forma categórica y concluyente sus decisiones.

La función del juez en estos casos requiere una energía sobrehumana, sobrenatural, por así decir, para imponerse de manera definida e indubitable sin dejarse influenciar por la presión exterior por más poderosa que sea. No debe olvidar que la justicia es a veces sacrificio, heroísmo, pero es siempre el bien.

Si sus decisiones son la consecuencia de la rectitud de criterio, de la imparcialidad, serán debidamente apreciadas por la conciencia honrada del jugador correcto, del espectador honesto quienes lo desagraviaran hasta la exaltación, de las ofensas que pueda inferirle

la multitud enceguecida por el apasionamiento.

Para el deportista, para el espectador, la persona que desempeña el cargo de juez es un aficionado que ha practicado el juego, que ha demostrado conocimiento de las leyes y reglamentos y en quien se presume condiciones de energía y de independencia personales que lo habilitan para proceder con imparcialidad y rectitud de criterio, es un aficionado que acepta el cargo comprometiendo su vocación y caballerosidad en beneficio de la cultura física, por la cual demuestra empeño, consagración y entusiasmo, convencido del bien que ella reporta.

Por este solo hecho, todo club, todo estadio, todo lugar de espectáculo deportivo debiera ostentar en sitio bien visible un letrero que advirtiera al espectador: *"No se permiten manifestaciones hostiles contra los fallos de los jueces"*.

La decisión del juez debe ser acatada de inmediato como la expresión definitiva de la acción.

El deportista mejor educado es el que aca-

ta de inmediato el fallo del juez cuando esta decisión le es adversa.

El deportista debe ir a la lisa con el concepto con la íntima convicción de que el juez es infalible, de que por el solo hecho de asumir ese cargo, es garantía de legalidad y de corrección, de que sus fallos se ajustan siempre a la más estricta justicia. Sobre estas bases el deportista debe acatar y obedecer sin dilación las decisiones del juez.

No se concebiría el deporte caballeresco si no se cumplieran estos preceptos en toda su integridad.

No puede admitirse en el juez, no es presumible suponer en el digno deportista que oficia de juez, el sentimiento vil de la parcialidad, que proceda, a sabiendas, contra lo que es correcto y lo que es justo.

El juez en el deporte, cualquiera sea su designación es *juez de hecho*. Decide por la certeza del hecho y *sobre el hecho mismo*. Su decisión tiene necesariamente que ser final y por tanto inapelable.

En el juego es prácticamente imposible reconstruir las acciones ni verificar si se cometió tal o cual infracción, si tal jugador

estaba fuera de juego o si tal otro tocó la pelota con la mano.

Si por defecto de visión, por la rapidez en que se producen las jugadas alguna falta pasa inadvertida para el juez, el buen deportista no debe pensar nunca que ha habido en él una intención aviesa, ha de considerar que aquella falta no ha sido apercibida o que quizás no ha sido tal, y continuar el juego.

El deportista debe procurar por todos los medios facilitar la tarea del juez.

Las acciones rápidas, las variantes múltiples, la movilidad constante obligan a éste a una atención continuada, circunstancia por la cual no debe ser distraído con gritos, gestos o protestas de los contendores en lucha.

El jugador no puede ser juez de su propia actuación ni de la de los demás contendores.

El jugador que continuamente llama la atención del árbitro sobre los procedimientos puestos en práctica por los contrarios, en lugar de procurar salvar por si las deficiencias o fallas que cree advertir, no se desempeña debidamente e incomoda al juez, le distrae en su complicada tarea, le dificulta el

cumplimiento de su misión, lejos de favorecerle.

Tampoco es admisible, ni tolerable, siquiera, la conducta de un deportista que protesta contra los fallos que le son adversos, ni mucho menos que le falte al respeto o desobedezca al *referee*. El jugador que no se siente capaz de acatar sin reparo esas decisiones no debe participar nunca en ninguna clase de competencias.

Todo deportista debe sostener y difundir como axiomas, como verdades irreductibles, estos principios básicos en el deporte. El juez procede siempre de buena fe. El juez es infalible, no se equivoca nunca.

Ahora bien, si ese juez a quien debe atribuírsele la infalibilidad, ese hombre que no se equivoca nunca, pero al fin hombre, incurriera en un error manifiesto, en un desacierto a todas luces, entonces, ante ese caso, el deportista damnificado debe considerar la situación con la misma tranquilidad con que lo haría si una ráfaga de viento desviara la pelota, o un rayo de sol le ofendiera la vista o un resbalón le obligara a caer: *un accidente* de que nadie está exento y que nadie puede prever.

EL ESPECTADOR

El juego, como la vida, es lucha. Es lucha ardiente, es lucha apasionada. En el primero, los recursos que se emplean para obtener el triunfo los ve el espectador y los juzga. En la vida los recursos se pierden dentro de la multiplicidad de los mismos fenómenos que los producen y no nos es posible analizarlos.

Desde el anfiteatro, el ojo del espectador va creando, sin saberlo, la imagen plástica del luchador y su semblanza moral.

No ve solamente el cuerpo ágil vibrante de coraje y de entusiasmo, sino también al hombre en brega denodada con sus propios instintos.

No le basta el triunfo de la fuerza, exige la conciencia sana que dirija esa fuerza, la hombría por el vigor y por la razón.

El espectador asiste a los torneos con el propósito de solazarse en la contemplación

de un espectáculo agradable, exposición de habilidad, de destreza, de fuerza, de coraje, de decisión.

No va a escuchar manifestaciones de incultura ni de agravio, ni a presenciar escenas bochornosas de mala conducta, gestos groseros, guaranguería en las expresiones o guaranguería en los modales.

Llegado al anfiteatro se posesiona íntegramente de todas las alternativas del juego, está pendiente del jugador en todos sus movimientos, en todos sus gestos; en la buena suerte de sus jugadas; en el poco acierto con que son dirigidas o en la seguridad con que son rechazadas.

El espectador no es un ser indiferente que asiste a la palestra como si fuera a la orilla del río o del mar para contemplar cómo se suceden las olas unas tras otras o cómo se rompen contra las rocas. No. El espectador siente. Se transporta. Se conmueve. Sufre en el contratiempo y en la derrota. Se deleita y goza en la victoria.

Su interés sube de punto si la contienda es internacional. Si su compatriota logra el triunfo, entonces se levanta, aplaude, grita,

vocifera, agita el pañuelo o la bandera que ha llevado, ríe, llora, se abraza con el vecino a quien ni conoce... su excitación no tiene límites... la nota patriótica ha acentuado el tinte de la acción deportiva.

En todas las épocas, en todas las edades los hombres conglomerados en la palestra han aclamado al vencedor y le han llevado en andas. Los griegos hacían aún más. Sus poetas componían odas y canciones que los espectadores cantaban y bailaban celebrando el acontecimiento.

No se concibe el espectador frío, el espectador sin alma. Pero sus expresiones deben ser mesuradas porque sus transportes de alegría o de desagrado hieren de inmediato el ánimo de los jugadores. El aplauso del espectador alienta, vivifica, levanta el espíritu de los jugadores. Bienvenido el aplauso generoso ante el esfuerzo realizado, porque aunque éste no lleve al éxito, renueva las energías y favorece el tesón.

Por el contrario las palabras agresivas, lo gestos hirientes, los gritos destemplados, las risas burlonas molestan al jugador, provocan su nerviosidad, irritan su carácter, y en este

desequilibrio, alterada la serenidad de su espíritu, pronto se ofusca y pierde el control de sus actos y recurre a procedimientos contrarios a los que las buenas prácticas deportivas aconsejan.

De ahí que sean siempre chocantes y fuera de lugar las manifestaciones hostiles.

El espectador debe aplaudir las buenas jugadas, aunque ellas sean ejecutadas por el jugador o equipo que no es de su simpatía. Tal proceder revela cultura deportiva. Hay en ello principio de equidad, espíritu de justicia.

Si la lucha se realiza contra jugadores extranjeros, debe premiar con su aplauso las acciones en que éstos lo merezcan. Procediendo en esta forma contribuye a que los huéspedes se sientan cómodos y desarrollen su juego con toda la amplitud de su capacidad. Será ésto un mérito más para los locales si logran el triunfo. Haber vencido sobre quien se empleó con todas sus energías.

Aplaudir al ganador es premiar el esfuerzo, la contracción, el sacrificio quizás, de los que se esmeran por superarse, es premiar la labor de los maestros, que se preocupan por

el mejoramiento de los métodos y procedimientos de enseñanza, es reconocer la acción desinteresada y de sacrificio de los dirigentes, que sin otro estímulo que la satisfacción de contribuir al mejoramiento social, ponen al servicio de la causa todo lo que poseen: conocimiento, voluntad, tiempo, trabajo, dedicación.

Por eso el aplauso del espectador, que tiene tanto poder de estímulo, no debe prodigarse sólo al ganador, debe extenderse, amplia, generosamente para todos los que participan.

El espectador debe contribuir a que las decisiones del juez sean acatadas de inmediato, lisa y llanamente, sin dilación.

Las manifestaciones de protesta contra la actitud del juez, por parte del espectador, provocan el malestar y la indisciplina de los jugadores, y, de esta situación, sólo se obtienen desviaciones, se suceden actitudes airadas, gestos y palabras descomedidas, pierde el espectáculo el atractivo de un encuentro gentil y caballeresco y se convierte en una lucha grotesca ajena a la finalidad que lo inspira.

Cada juego tiene sus reglamentos y características propias, que difieren, a veces fundamentalmente, entre uno y otro deporte. Jugadas que en un deporte son consideradas "faltas" sea por la ubicación del jugador o por cualquier otra circunstancia, no son tales en un deporte distinto. A veces también en el calor de la lucha el jugador incurre en falta, que para el público entusiasmado por el interés partidario ha pasado desapercibida, pero que el juez con su ojo avizor y su preocupación del cargo ha apreciado debidamente.

El espectador no debe, pues, criticar la actitud del juez, ya que no es dado suponer nunca intención premeditada en la decisión que éste adopta, por cuanto con sólo pensarlo se le infiere agravio al imaginarlo capaz de cometer una trampa.

El espectador es el censor tácito de todos los espectáculos y representa para los actores el juicio definitivo sobre sus aptitudes. Alienta con su aplauso, aniquila con su rechazo, por eso si grande es su poder, grande es también su responsabilidad.

Con su probidad, con su discreción enca-

mina a los actores, les mantiene en el ambiente propicio a la acción y les aleja todo incentivo de procedimientos reñidos con las buenas prácticas y la justicia.

El interés partidario no debe ofuscar al espectador porque si comporta honor el laurel del triunfo, la más grande enseñanza, la más noble virtud que el jugador pueda lograr del deporte es la de *saber perder*.

JUEGOS POR EQUIPOS

Considerado el deporte como un medio eficaz de preparar al joven física y moralmente para la lucha por la vida, los juegos por equipos tienen un alto y significativo valor desde que con ellos se desarrolla en primer término el espíritu de cuerpo, el espíritu de solidaridad, condición indispensable en la convivencia social.

La tendencia de vivir en sociedad, de aprovechar la capacidad y el esfuerzo agenos es condición humana que se manifiesta desde edad temprana. Es conveniente, entonces, afirmar esa tendencia, orientarla en el sentido de que la contribución debe ser recíproca, demostrar y convencer que no hay esfuerzo, por pequeño que parezca, que no sea utilizable y que en la enorme colmena de la sociedad humana todos estamos obligados a

aportar en beneficio común lo que tengamos de bueno en nuestro ser. Y esta convicción, este valor, se intensifica y acrecienta en el deporte, muy especialmente en los juegos por equipos.

Los juegos de los pequeñitos, sin necesidad de establecer la competición, van buscando la conjunción de los esfuerzos. En las ruedas, en las calesas, en que el ideal de satisfacción de los participantes finca en la velocidad del giro, todos se esmeran en realizar una acción conjunta.

En las bicicletas llamadas "tanden", en las hamacas y columpios dobles, en el sube y baja, se revela también ese anhelo. Acaso sea oportuno señalar que el niño que monta una bicicleta o un triciclo para llevar en el llamado "side car" al hermanito menor o al impotente aún para manejarlo, pone de relieve el sentimiento noble de hacer partícipe de un placer al que no lo puede experimentar por sus propios medios.

En la pelota cazadora, en el basket-ball, en las carreras de relevos, una caída, un mal pase, una demora en la toma, una salida en retardo y aún otras circunstancias, determi-

nan mayor esfuerzo a los restantes componentes del equipo para disminuir la ventaja que para los contrarios puede significar cualquiera de estos accidentes.

Cada una de estas fallas es un acicate, un estimulante que va inculcando en la mente infantil que no hay que desfallecer ante los contrastes, sino que ante éstos hay que redoblar las energías.

Poco a poco van acostumbrándose las calidades morales para confortarse en la adolescencia.

Los juegos por equipo tienen la virtud de conducir, de encaminar los jóvenes, de someterlos voluntariamente a esa disciplina que da por resultado el mejor aprovechamiento del esfuerzo de cada uno multiplicando el poder del conjunto.

Un equipo de fútbol, de rugby, de postas, de remo, de polo, de cualquier deporte que exija la acción conjunta, representa en sí la idea de unión, la conformidad absoluta de los componentes, el sometimiento voluntario a las disposiciones y a las reglas del juego.

Formar parte de un equipo supone, desde luego, el deber de prestar el máximo de es-

fuerzo, de dedicación y hasta de sacrificio, en procura de la finalidad propuesta, deber al que asiste el derecho de obtener de los demás recíproca consagración y condigno esfuerzo, cumplidos con manifiesta voluntad y empeño decidido.

El equipo enseña a que cada uno cumpla perfectamente los deberes de su cargo y que ponga además todo su afán para suplir con su capacidad las deficiencias en que pueda incurrir cualquiera de los camaradas.

El equipo exige que la acción de sus componentes se enlace de tal suerte que, apoyados los unos en los otros, formen un conjunto homogéneo en que el ajuste sea perfecto, que se establezca una relación de dependencia entre las partes de la que resulte esa gran fuerza que se llama cohesión, que no es sino la disciplina y el compañerismo puestos a prueba.

El poder del equipo finca en primer término en el espíritu de solidaridad, en el espíritu de cuerpo. Cuando cada uno de los componentes sólo mira su propio interés, falta ese espíritu que le da unidad y fuerza. La disciplina es la base fundamental. Cada uno

de los componentes gradúa su esfuerzo, lo aplica y contribuye con él.

La primera condición que un componente de equipo debe cumplir es la de ser puntual, no hacerse esperar, ser exacto en las citas. La falta de puntualidad de un compañero inquieta, y pone en zozobra a los demás. Ese sólo detalle disminuye las energías y desalienta a los camaradas, máxime si hay que recurrir a buscar un reemplazante, próxima ya la hora de realización de la prueba.

Las faltas de puntualidad y asistencia a los concursos o a los entrenamientos revelan poco interés o desamor por el esfuerzo que los demás compañeros realizan. La solidaridad requiere correspondencia de afectos y de sacrificios.

La buena armonía que debe reinar en un equipo se mantiene sobre la base de una recia disciplina respetada y acatada por todos los componentes hasta en los mínimos detalles.

No puede permanecer dentro del equipo el espíritu indisciplinado, ya sea el que provoca o incita a la desobediencia, al desacato o al desorden, o el que estimula la comisión de actos contrarios al régimen establecido,

por inofensivos que pudieran parecer. El que habla, canta, grita o silba cuando se ha ordenado permanecer en silencio, el que fuma o bebe cuando se ha dispuesto la abstinencia del cigarrillo y del alcohol, el que alentado por su solvencia pecuniaria es inmoderado en el lujo o en los placeres; el que. excesivamente burlón, nunca toma en serio las tareas y retarda el cumplimiento de las obligaciones; todos ellos son espíritus indisciplinados cuyas actitudes dañan la fuerza del equipo introduciendo el desorden y la desorganización.

El que insiste en realizar una suerte contraria a la técnica o al consejo del instructor; el que persiste en sortear a los contrarios "gambeteándolos", el que monopoliza el juego en su persona anulando o tornando ineficaz la acción de sus compañeros; el que por sus jugadas aviesas tiene constantemente a su equipo de un lado para otro, el que "shotea" de lejos o estando mal colocado; el "full-back" que se va a la línea de forwards, el "half" que desaloja a su "wing", el que se independiza y realiza por su cuenta jugadas inesperadas, todos éstos, encarnan otras

tantas formas de indisciplina que llevan el desconcierto y la desorientación al equipo, porque la actividad y la iniciativa personal no son útiles si no están subordinadas al objetivo fin de beneficio general.

El que engreído por el título de campeón y envalentonado con el triunfo, desoye la voz del instructor y sólo sigue los imperativos propios que no son la consecuencia del consejo reposado o de la observación serena; el que falto de escrupulosidad en el respeto de las leyes y reglamentos, por sus malas jugadas, sacrifica el esfuerzo de los compañeros haciendo aplicar penalidades, ambos, están en pugna con el buen orden y la disposición metódica que traban y dan conexión al conjunto.

En el equipo se advierte de inmediato el que hace juego para poner en evidencia sus condiciones personales y el que se esfuerza por rendir más en beneficio del conjunto. Es del caso aquí consignar que tampoco es eficaz el que quiere hacerlo todo, que se afana por estar en todas partes, que pretende reemplazar en la acción a todos los demás, pues descuida su puesto, dificulta y estorba a sus

compañeros y, a fin de cuentas, no salva las situaciones indefensas o de peligro y termina por ser contraproducente introduciendo la confusión y el desaliento.

Señaladas, así, las características de los juegos por equipos y de sus participantes, se infiere que si el deporte es uno de los recursos de que se vale la técnica moderna para preparar al hombre para la vida, ninguno más eficaz que el deporte por equipos, en que la juventud adquiere todas las aptitudes adecuadas al medio en que luego deberá actuar, pues desarrolla en primer término el espíritu de solidaridad.

El hombre no vive aislado en el mundo, vive en comunidad con todos los demás hombres. Liga sus energías, une sus esfuerzos en el orden político, en el orden social, en el orden económico, en el orden religioso y en toda forma en que haya un interés común.

Y estas expresiones de solidaridad irradian en los pueblos a medida que éstos elevan su nivel de cultura y de perfeccionamiento.

Los valores morales que se encarnan en el espíritu de la juventud dan su fruto en el

momento propicio y las generaciones que se forman sobre la base de la cooperación y del respecto recíproco asistirán al advenimiento de la paz entre todos los pueblos del mundo como digna coronación del perfeccionamiento humano.

LOS PREMIOS EN EL DEPORTE

El premio es la recompensa debidamente otorgada al que por sus actos y mérito personal se hace digno de galardón.

En el deporte los premios consisten en distinciones honoríficas, ascensos de categoría y menciones especiales. Se obtienen en torneos y concursos y se atestiguan mediante diplomas y medallas u objetos de arte.

Los premios son un poderoso estímulo para el deportista, y en cierta forma certifican la bondad de los procedimientos empleados en la preparación y la competencia de los profesores y dirigentes.

El deporte en la actualidad se ha difundido en todas las esferas sociales del mundo entero. La organización para su mejor práctica está a cargo de instituciones de cultura física, llámense institutos, clubs, sociedades.

Las competiciones para estímulo, para exhibición de métodos y procedimientos de enseñanza, o para presentación de los atletas destacados, se suceden y multiplican al infinito ya sea entre personas o equipos de la misma institución, o de diferentes instituciones, bien con carácter interprovincial o con carácter internacional, y hasta con carácter mundial. A estas últimas pertenecen los Juegos Olímpicos.

Los concursos y torneos constituyen los factores más importantes de la vida del deportista, que subordina sus energías y contracción al empeñoso trabajo de prepararse para participar en ellos con el loable propósito de obtener el galardón que corrobora el éxito logrado.

La obtención del premio, representa un gran valor espiritual por cuanto ratifica y afirma la dedicación, el esfuerzo, la contracción que el deportista ha puesto en la tarea.

Ahora bien, la primera cuestión que se plantea tratándose de deportistas a la vez aficionados es si el premio ha de consistir

sólo en una mención honorífica o si ha de comprender también cierto valor material.

Es natural y fácil comprender que todo deportista inspirado en el propio honor y en el de la institución que representa no se siente arrastrado por la idea de una ventaja material. Esto induce a mantener el criterio de que las recompensas y premios en los deportistas deben ser exclusivamente honoríficos.

El sólo hecho de ejercer la representación importa un premio, que es discernido no al que ofrece exclusivamente destacadas condiciones físicas, sino al que une a ellas relevantes condiciones morales.

El que obtiene el honor de la representación nacional logra el mayor premio que puede conferirse a un ciudadano en materia deportiva.

El deportista antiguo concurría a los torneos únicamente por el honor que comportaba el ser admitido en ellos.

Una rama de olivo era el premio en los Juegos Olímpicos; una corona de pino orlaba al frente de los vencedores en los Juegos Ístmicos; una corona de laurel sacada del árbol consagrado a Apolo era entregada al gana-

dor de los Juegos Píticos y la corona de apio adornó la cabeza de los vencedores en los Juegos Nemeos.

Herodoto nos refiere el asombro que causó a los persas saber que los griegos concurrían a los Juegos Olímpicos por una sencilla corona de olivo y cómo uno de los príncipes persas exclamaba a un general: "¡Ah, Mardonio, contra qué hombres nos has enfrentado, que no luchan por el oro y la plata sino por la virtud varonil!".

Bien es cierto que la distribución de los premios se celebraba con gran realce. El último día de las fiestas olímpicas se coronaba a los vencedores, ceremonia que se efectuaba en el Altis, bosque consagrado a Júpiter. Cumplidos los ritos religiosos, los atletas, magníficamente ataviados y precedidos por los helanódices, se trasladaban al teatro entre los aplausos y vítores de la multitud.

En el teatro se cantaba el himno de Arquiloco y al llamado del heraldo cada uno de los vencedores desfilaba ante el presidente de los juegos para recibir la corona de olivo y ofrecer después un sacrificio en acción de gracias.

Luego se les daba un festín y sus nombres eran inscriptos en los registros públicos, y, en los anales elianos, se agregaban a la cifra cronológica de la Olimpíada. Así ha llegado hasta nosotros el nombre de Cerebo, primer atleta de que nos habla la historia.

Los poetas componían odas y cánticos celebrando la victoria y las ciudades de que eran hijos los recibían con grandes muestras de regocijo. En Esparta el vencedor tenía el honor de entrar junto al rey en los combates.

El ascenso de categoría es otro de los premios honoríficos que cabe discernir al deportista. Este premio acredita en quien lo merece aptitudes notables que lo destacan de la generalidad, robustez física, intelectual y moral, para sobrellevar y contrarrestar situaciones más difíciles y azarosas.

A la categoría superior sólo se debe ascender mediante una cuidadosa selección, fundada en severo estudio de los valores, en verdaderas oposiciones, porque el mayor honor que puede discernir una institución es el de conferir la representación de todos los asociados, y el mayor premio a que puede

aspirar el asociado, es el de merecer el honor de ejercer esa representación.

Siempre son los menos los que logran llegar a la primera categoría. Los más abandonan tan pronto como van perdiendo la esperanza de vencer en la lucha.

Premio es también y de gran dignidad, el cargo de capitán del equipo, de cualquier deporte, para el cual se elige al que revela mejores condiciones de pericia, inteligencia, práctica de mando y conocimientos de juego.

La compensación material desvirtúa el ideal moral del premio. Despierta el sentimiento egoísta del utilitarismo, resta la espontaneidad de las acciones y las subordina al mezquino criterio de las conveniencias individuales.

Pierde el deporte su noble característica del desinterés para convertirse en una cuestión de cálculo, en una lucha apasionada movida por una razón de utilidad.

Poco habrían logrado las instituciones en el orden moral si para conseguir que los asociados se preocupen de su propia salud y dediquen algún esfuerzo y consagración en su propio beneficio, necesitaran el acicate del

premio, la compensación material traducida en mercadería convertible.

El premio debe ser la recompensa que, otorgada con criterio recto, eleve el espíritu, avive la satisfacción interior, estimule el anhelo de superarse, fortifique el sentimiento del deber.

La medalla de oro, la compensación en objetos de valor, toda idea de utilidad egoísta debe ser alejada de la mente y de la aspiración de un deportista digno.

LOS CLUBS Y ASOCIACIONES DE CULTURA FISICA

El desarrollo del deporte en el país ha acelerado su ritmo en los últimos veinte años para ponerse a tono con el progreso general y lo ha conseguido mediante el esfuerzo privado, especialmente representado por los clubs y asociaciones de cultura física.

Los clubs deportivos no son meras agrupaciones individuales, son sociedades constituídas para orientar la juventud en las sanas prácticas de la educación física como medio de prevenirla del vicio y contribuir al mejoramiento de la masa popular.

La fuerza que trasmite el club al individuo es grande porque emana del fiel cumplimiento de sus estatutos y refleja siempre el resultado de una selección.

El Club realiza un estudio cuidadoso de sus mejores valores, trata de multiplicar las

energías de los socios y establecer entre ellos una vinculación espiritual altamente beneficiosa.

De esa vinculación nace en el asociado el amor a su propia superación por respeto y amor a la institución a que pertenece. Se encarna en su espíritu la alta dignidad que significa en sí la entidad misma, por la acrisolada rectitud que es norma en los dirigentes, por la severidad de los reglamentos, por las exigencias de todo orden que se cumplen con exactitud, por el contralor constante de la conducta moral de todos los asociados, por ese conjunto de condiciones exigidas y practicadas, que en la convivencia social tanto distinguen un hombre de otro dándole características inconfundibles.

El "carnet" de socio de un Club deportivo no debe acreditar solamente el carácter de jugador o de contribuyente para sostener la institución, sino que ha de ser mucho más, ha de significar título de honestidad de conducta, de corrección de proceder, ha de ser credencial que abra las puertas en todas las manifestaciones de la vida. Tal era, tal fué el

concepto de los tradicionales Clubs argentinos.

Instituciones que velan por llevar al convencimiento de sus asociados que, si es útil, necesario y conveniente el desarrollo físico porque proporciona al ser humano fuerza, agilidad, salud y alegría es más por la poderosa influencia que ejerce en el confortamiento de las facultades morales, valor inseparable de la condición humana. Son las condiciones morales que el deporte fortifica y entona las que le dan valor al ejercicio físico, acentuando día a día su desarrollo dentro del criterio de vigorizar la raza para perfeccionar la humanidad. La perfección con el concepto bien claro y definido, que califica al hombre como el ser superior a todo lo creado.

Los Clubs no deben transformarse en instituciones meramente lucrativas sino en colaboradores del progreso social.

Los locales, estadios, jardines de recreo, tienen que consultar la orientación edilicia del municipio y los resultados estéticos que su creación producirá en la zona. De este modo se unen por vínculos más perdurables

al lugar y se transforman en un valor que sobrevive a los socios.

Por la forma en que están constituídos los Clubs y su régimen de organización son escuela constante de educación ciudadana. En la elección de las comisiones directivas, de los capitanes de equipos, de los delegados y representantes, en la constitución de las asambleas, en la discusión de los proyectos, en la distribución del trabajo ejercitan constantemente las actividades democráticas.

De ahí que las personas encargadas por el voto general, de dar fisonomía y de realizar la misión que les corresponde, no deben alejarse de estos principios imperativos de cooperación.

Los dirigentes de los Clubs deben tener la clara visión de esos fines y al apoyarlos y sostenerlos en toda su amplitud elevarán el nivel espiritual de los co-asociados, haciendo que se inspiren en esas prácticas que mejoran el carácter y ayudan al hombre a realizar la misión que como tal tiene en la humanidad.

No basta reconocer el valor de la salud, es necesario suministrar, además, el equiva-

lente moral, que sofoca los impulsos del instinto.

Hay que estimular en el deportista el anhelo del triunfo como la concepción de un ideal, no como medio de asegurar una capacidad notoria que le sirva de medio para lucrar con el deporte.

Que vaya al campo de juego para obtener como única recompensa material el fin higiénico que persigue toda ejercitación física: la salud del cuerpo y la alegría en el espíritu.

Que en los deportes colectivos o en los que lleva alguna representación, contribuya con todo su esfuerzo personal impulsado sólo por su propio espíritu y sin otra esperanza de recompensa que la satisfacción de haber dado de sí todo lo que era capaz, de haberse empleado en el máximo de esfuerzo.

El Club ha de inculcar en el asociado el verdadero espíritu deportivo que debe presidir toda competencia, para que se compenetre debidamente que lo esencial no es triunfar, que no se debe vencer pese a quien pese, que no se debe tener en la maña un recurso ni una esperanza, sino que se debe llevar encendido en el alma la llama cordial e inextinguible de la vi-

rilidad sin flaquezas, de la hombría de bien sin renunciaciones.

Ha de inculcar también que es el buen nombre, la tradición caballeresca del pueblo lo que se juega minuto a minuto en los álgidos movimientos de la competencia internacional. Porque en el impulso altivo y justo del atleta, en la limpieza de su juego, en la rectitud de su proceder, en la hidalguía de su gesto, se revela inconfundible la modalidad de su pueblo, cuyos bellos aspectos no debe empañar en ningún momento y por ninguna causa.

Esa acción que desarrollan los Clubs permanentemente debe acentuarse en el momento en que se trata de organizar la representación que ha de ser fiel exponente del deporte nacional. Para ello es necesario que vayan los mejores. Y los mejores irán mediando una amplia selección que debe realizarse sobre la base de programas exigentes, severamente cumplidos.

Los Clubs y las Federaciones en su caso deben hacer obra solidaria no autorizando ni, mucho menos, propiciando procederes tortuosos o simplemente inapropiados. No deben

autorizar excepciones que comporten situaciones de favor o de privilegio. La puerta abierta para una excepción justificada es casi siempre la que engendra la condescendencia y el abuso.

Los Clubs como entidades no deben caer en la propaganda bulliciosa y equívoca, quitando famas bien ganadas o cotizando otras a un precio mayor que su valor real, porque en ello va el prestigio de la institución y el concepto general de sus miembros.

Desaparecida la rectitud del procedimiento y la honestidad de conducta, se quiebran los principios fundamentales de su creación.

Los Clubs han de preocuparse de difundir entre sus asociados los reglamentos y las normas establecidas, se encargarán a la vez de ejercitar los deportes entre los asociados que demuestren condiciones para ello y estimularán la concurrencia de los mejores valores a los trabajos de preparación que organizan las Federaciones.

Por otra parte el entrenamiento de los deportistas y su participación en los concursos de selección requiere canchas y locales adecuados en los lugares de concentración. Las

Federaciones de los distintos deportes, carecen de canchas de juego y de locales. Tampoco disponen de profesores para dirigir a los deportistas.

Frente a estas necesidades se presenta la acción concurrente de los Clubs para favorecer el desarrollo del deporte, facilitando local, útiles de juego, profesores y demás servicios complementarios a los no asociados aspirantes a participar en los concursos de selección.

Entre nuestros grandes Clubs deportivos algunos gozan de merecida fama por el éxito constante de los conjuntos que actúan en los gimnasios y estadios, otros por el espíritu amplio y generoso que ha sido norma permanente a pesar de las vicisitudes propias en una larga vida.

Las instituciones más jóvenes, atraviesan ese período confuso de la orientación que las hará en breve término igualmente valiosas.

Pero el bien común exige de todos, Clubs y Asociaciones, que dediquen parte de sus actividades en pro de los que por falta de recursos no pueden disfrutar del beneficio que proporciona siquiera un día de ejercicio.

La solidaridad exige a todos, conceder un momento del bienestar propio en favor de la masa desheredada y anónima, a la que ha de facilitarse, además, otros servicios sociales hasta llegar, cooperando con la obra del Estado a establecer, dirigir y costear campos de recreación, colonias de vacaciones y campamentos de salud. Es así como se labra la verdadera grandeza.

EL PROFESIONALISMO EN EL DEPORTE

Las Federaciones Internacionales no han logrado aún ponerse de acuerdo respecto a la calificación de profesional ni han encontrado tampoco la fórmula precisa que establezca el límite hasta el cual puede llegar el aficionado sin riesgo de perder su calificación.

Cada Federación campea por el engrandecimiento y desarrollo de su deporte y a veces para lograrlo sacrifica principios básicos que debieran ser universales y permanentes.

Reglamentados y dirigidos por las Federaciones Internacionales hay deportes en que se admiten premios en dinero efectivo, en otros se adjudican objetos de valor a los que se les asigna precio, pero se entrega el importe; los hay en que los premios son de valor considerable; hay, además, aquéllos en

los cuales para que los deportistas participen se ha establecido ya la norma de brindarles compensaciones materiales de diversos órdenes.

Hay más aún, atletas considerados profesionales en un deporte son calificados como aficionados en otros, situación ditirámbica que determinados deportes la rechazan en absoluto, y, para completar el cuadro, llégase al colmo de lo sorprendente en aquel deporte en que, cuando el profesional, por pérdida o disminución de sus condiciones sobresalientes ha terminado su contrato, vuelve a la condición de aficionado. Como quien dice, se le rebaja de categoría.

Los reglamentos de ciertos deportes incluyen en el concepto de profesionales a los que por razón de su trabajo efectúan los mismos o análogos movimientos que los que el deporte ejercita. Tal sucede en la boga, por ejemplo. Es decir que consideran profesional a todo el que rema como medio de trabajo, que maneja un bote para transportar personas o mercaderías y no con el exclusivo objeto de mejorar su condición física, para lograr mejor desarrollo de su cuerpo.

La reglamentación de profesionalismo va más lejos en este deporte. Llega a clasificar como tales a los constructores y obreros constructores de embarcaciones.

En la estrictez del concepto estas cláusulas son perfectamente atendibles, ya que la práctica de la profesión de herrero o de carpintero puede proporcionar ventajas de fuerza en los músculos, destreza en los movimientos y resistencia a la fatiga sobre los que se dedican a trabajos puramente intelectuales o que no requieren el constante trabajo corporal.

A pesar de las evidentes diferencias señaladas, todos son aficionados según el concepto y la reglamentación de las Federaciones afectadas.

La conveniencia de difundir el deporte entre las masas populares como medio de asegurar el mejoramiento físico de la raza ha llevado a establecer la competencia como procedimiento eficaz de propagación.

En las competencias, sean éstas entre Clubs, entre ligas o internacionales, deben participar los mejores.

Para lograr ser de los mejores, lo que es

digna y humana aspiración, se requiere dedicación especial intensificada en calidad y cantidad, fuera de lo que como simple ejercicio higiénico aplica el individuo para desarrollar su físico y mantener la salud.

Esta preparación especial exige tiempo que el deportista aficionado lo resta a sus distracciones o a sus ocios. Cuando no se procede en esta forma hay que restar el tiempo indefectiblemente al reposo o al trabajo, cualquiera sea la índole de éste. Si se lo toma al reposo, el resultado es negativo, pues, las vigilias continuadas obran de inmediato en detrimento de la fuerza y la energía. No queda sino quitárselo al trabajo. Para ello se recurre a la licencia con goce de sueldo.

Llegado a esta posición, el aficionado pasa a colocarse en las mismas condiciones que el profesional, pues no hace otra cosa que dedicarse a la preparación y entrenamiento para el concurso percibiendo por ello, si bien en forma indirecta, una remuneración.

El procedimiento importa una situación de ventaja indiscutible con relación al que tiene que atender a su trabajo y sólo puede apro-

vechar las horas libres para dedicarlas al deporte.

Esta es una forma de profesionalismo encubierto que debe ser enérgicamente combatida por instituciones, autoridades o dirigentes que tengan un concepto claro y honesto de lo que significa aficionado.

Unos deportes favorecen más que otros las diferentes formas de desarrollo del profesionalismo encubierto, profesionalismo marrón o semiprofesionalismo, pero de su difusión sólo debe inculparse a los dirigentes de los Clubs y de las Federaciones, que, quizás, en el afán de ver triunfantes los colores o de lograr posiciones económicas holgadas para las instituciones a que pertenecen, alientan, cuando no propician estos procedimientos.

Por cierto que esto del profesionalismo encubierto cobra significado única y exclusivamente bajo el punto de vista del concurso.

Desaparecida la competencia entre aficionados, la calificación no tendría razón de ser y, desde luego, no existiría.

Pero, si el concurso, la competencia, el campeón son los medios más eficaces de lle-

var las masas al deporte, es necesario encontrar el remedio del mal.

Entretanto el problema queda en pie dando lugar a que se establezcan nuevas desviaciones y se ahonden más las diferencias, con evidente sacrificio del concepto moral que debe ser el fundamento de toda reglamentación deportiva.

El Comité Internacional Olímpico con el fin de luchar contra el profesionalismo encubierto o semi-profesionalismo transmitió a las autoridades deportivas internacionales las siguientes recomendaciones que creo útil consignar:

1°) Toda correspondencia o negociación relativa a los encuentros y jiras de deportistas al extranjero deben ser realizadas por la Federación Nacional del país de los concurrentes y la Federación Nacional del país visitado.

2°) Todo pago de gastos realizados no debe ser hecho a los concurrentes sino a la Federación de su país.

3°) El reembolso de gastos de viaje y otros del concurrente debe ser efectuado,

siempre que ello sea posible, no en especies sino en efectos, es decir, en provisión de pasajes, alojamiento.

4º) Para asistir a un concurso o para volver de él un aficionado no puede aceptar ni recibir de manera alguna, dinero ni otra ventaja pecuniaria que exceda sus gastos realizados en el transporte, la alimentación y el alojamiento. En ninguna circunstancia la suma pagada o sobrante como gastos de viaje debe sobrepasar el valor de un pasaje de segunda clase en ferrocarril y de primera clase en vapor y una libra esterlina oro por día para alimentación y alojamiento.

El Comité Olímpico establece castigos de exclusión para el que intervenga con profesionales sin autorización especial, pidiendo a las autoridades deportivas el fiel cumplimiento de la verificación de las firmas de las inscripciones desde el punto de vista del aficionado y el juramento prestado por los concurrentes. Alude luego al juramento olímpico que debe ser respetado en toda la gran-

deza moral que importa, en el afán muy loable de mantener incólume el concepto de aficionado y aislarlo de toda contaminación con el profesionalismo, bien que ambos responden a distintos propósitos.

El profesionalismo no busca la salud del atleta, ni vela por el mejoramiento de la raza, ni siquiera por la perfección del deporte. No. El profesionalismo busca como único y exclusivo fin el beneficio pecuniario.

He aquí la razón porque elige con preferencia los deportes que más se prestan para ser aprovechados como espectáculo.

El profesionalismo es una tentación para el deportista que se destaca, pues, seducido por las ventajas pecuniarias inmediatas que las condiciones físicas pueden proporcionarle, encuentra en el empleo de esas condiciones un medio fácil y cómodo de ganarse la vida y se entrega a él sin mirar el más allá, sin pensar en el mañana, en el mañana cercano, en que esas relevantes condiciones decrecen o son superadas por otros.

Tal vez, en el mejor de los casos, piense en que podrá llegar a ser profesor o entrenador y esto sin entrar a discurrir que podrá serlo,

en el deporte en que se ha destacado, siempre que al dominio y técnica del deporte en sí, aúne, entre otros conocimientos indispensables de orden científico, los relacionados con la anatomía, fisiología e higiene, y posea las condiciones de ética que atañen a la persona y que se refieren a la laboriosidad, carácter, espíritu de disciplina.

No es censurable que el individuo se dedique al profesionalismo como medio de ganarse la vida, lo censurable es el profesionalismo dentro del deporte practicado por aficionados.

El profesionalismo es atacado recia y duramente por los mismos que se vieron precisados a ir a él como "única forma de asegurar su propia subsistencia".

Llevadas a este extremo instituciones prestigiosas de larga y meritoria acción deportiva (1) afirman que "el profesionalismo está reñido por principio con toda idea de deporte, conspira abiertamente contra la vida de las instituciones que lo practican, limita de

(1) Club Estudiantes de La Plata. Nota a la Federación de Basket-Ball.

manera ostensible su difusión y no llena la función social que le corresponde".

"Profesionalismo es desviar a la juventud de toda otra actividad útil para ella y para la sociedad en que actúa; es destruir el concepto de moral que da el deporte en su función educativa, es contribuir a agravar el problema de la desocupación y la vagancia, ya que son pocos los que logran substraerse al abandono y la molicie dedicándose a cualquier otra actividad provechosa, que requiere un mayor esfuerzo y dedicación, con una más escasa retribución inmediata".

LA RECREACION Y TIEMPO LIBRE

Los Juegos Olímpicos de 1936, constituyeron un aspecto extraordinario, por el brillo de la ceremonia y las proyecciones que tuvieron en la vida de los pueblos.

Multitud de atletas, de razas y pueblos diferentes, probaron en el estadio la calidad de su educación moral, la eficacia de su técnica, la resistencia física, la destreza, dejando en los espectadores una sensación de belleza, de juventud, de selección y de grandeza.

Fueron algo más que la distracción momentánea y efímera. Fueron organizados científicamente para dar a los luchadores el mayor imperio sobre su personalidad corporal y exponer al mundo los nuevos y grandes conceptos sobre la cultura física.

El deporte moderno se ha colocado ya, dentro de la vida misma de la sociedad, abar-

cando en sus proyecciones todas las inquietudes del espíritu.

Numerosos problemas éticos, sociales, económicos han surgido durante su celebración, problemas que al resolverse han ido cambiando la fisonomía primitiva de los juegos.

Entre ellos, hay algunos de gran trascendencia social como "la solución de la mejor forma de ocupar el tiempo libre del hombre de trabajo", que constituye una seria preocupación para los pueblos industriales de Europa y América del Norte.

La estadística universal sobre índice de vitalidad, decrece sensiblemente. La humanidad se fatiga, pierde su fortaleza rápidamente debido quizás al enorme incremento industrial, a la preocupación de la vida, a la precipitación por disfrutar los beneficios del trabajo, en fin a una cantidad de hechos complejos que aniquilan los nervios.

La medicina, la higiene, investigan la causa de ese aniquilamiento contínuo de la energía y creen que una vuelta a regímenes más sencillos de vida y alimentación, pueden contribuir a restaurar más eficazmente, la máquina humana.

La vida moderna ha cambiado, modificando profundamente las cualidades del hombre que ha perdido mucho de personalidad, de alegría y de libertad.

La alegría de vivir, muere en manos de la ambición y la especulación. Se trabaja, se lucha sin poner un límite al esfuerzo constante, se vive y se pasa por el mundo con una premura angustiosa.

Los hombres de ciencia, los sociólogos, los grandes directores de las masas, tratan de dominar esa fiebre de devorar la vida, esa desesperación, ese frenesí por salir del hoy, por pasar al mañana, por llegar al fin, y procuran introducir por fuerza de la ley grandes reformas en los métodos de trabajo, alentando la esperanza de que la organización futura ha de permitir que toda la humanidad pueda dedicar a su desarrollo físico y espiritual parte del día solar, de la misma manera que subordina a horario la alimentación, el trabajo y el sueño.

A la vez recomiendan el deporte como agente capaz de desarrollar, por el ejercicio sistemático, la potencialidad humana, aumentando la energía moral, la resistencia orgáni-

ca y el equilibrio nervioso. El deporte moderno contempla esa elevada finalidad, intensificando los juegos que más se adaptan al medio físico, económico, social y aún a la psicología de las masas.

Por eso, las grandes instituciones deportivas que orientan y vigilan las actividades físicas de sus asociados, con un criterio más amplio y beneficioso, se transforman en factores eficaces de cultura popular.

El deporte, que comienza ejercitando armónicamente el cuerpo, termina dando al hombre fé en la propia valía, seguridad en la calidad de su energía y va impresionando su cerebro y formando un carácter más decisivo capacitado para luchar con mayor ventaja.

Estos problemas han preocupado al *Congreso de la Recreación y Tiempo Libre,* reunido en Hamburgo, cumpliendo un variado y vasto programa de sesiones, en que ha considerado asuntos tan importantes como la función social ejercida por iniciativa pública y privada; la significación económica; la índole y formas de organización del Descanso y del Recreo; la fundamental relación entre

el Descanso y el Trabajo; la previsión del patrono moderno con los trabajadores que tiene a su cargo; el próximo avenimiento de las vacaciones con sueldo, como consecuencia imperiosa de la necesidad de esparcimiento en compensación del esfuerzo realizado; el valor de los ejercicios físicos para el hombre que trabaja; el descanso de la mujer que tiene que afrontar las obligaciones del hogar, uno tras otro, todos los días del año, sin disfrutar de una hora libre, para la que no hay feriado ni domingo, situación desfavorable que se agrava aún más en los casos en que, para procurar los medios de subsistencia, debe concurrir al taller o a la fábrica; el descanso del niño y del adolescente, naturalezas en pleno desarrollo; la influencia de la belleza del taller sobre el hombre y sus exigencias en la vivienda; la influencia del trabajo sobre el arte y la cultura; el descanso y el recreo al servicio de la Humanidad y de la Paz universal.

El Congreso de Hamburgo señaló en forma minuciosa cuáles son los fundamentos en que se basa la organización del descanso y del recreo para que respondan mejor al pro-

pósito de perfeccionamiento físico y espiritual del individuo.

Con las informaciones y referencias suministradas por los representantes de sesenta y una naciones del orbe se han evidenciado las múltiples formas de descanso y recreo adoptadas en las diferentes organizaciones sociales, pero todas son coincidentes en la necesidad de que el Estado provea en primer término a favorecer y dirigir el empleo de las horas libres para su mejor aprovechamiento, en forma tal que en ningún momento pueda implicar una nueva preocupación para el individuo.

En nuestro país, con anterioridad al Congreso de Hamburgo y al originario de Los Angeles, Norte América, en 1932, muchos de estos problemas han sido resueltos y otros se hallan en vías de solución por haber sido considerados por hombres de estado, por funcionarios o por instituciones y contemplados en numerosos proyectos que desde años atrás se vienen reiterando en el Congreso Nacional, en las Legislaturas Provinciales y en los Cuerpos Municipales.

Quizás fuera oportuno señalar que más de

veinte proyectos de leyes sobre *Educación Física* han sido presentados al H. Congreso de la Nación desde el año 1900 a la fecha y en todos se considera no sólo la faz del desarrollo físico de la juventud sino también la faz de la recreación popular en cuanto comporta proporcionar al pueblo un espectáculo sano que se desarrolla en un medio higiénico desbordante de luz, de sol y de aire puro.

No es ésta, quizás, la oportunidad de mencionar lo que se ha hecho al respecto, por cuanto ello es del conocimiento de todos y puede ser apreciado sin gran esfuerzo, pero considero oportuno, siquiera sea a título de sugestión, presentar algunas soluciones que puedan ser afrontadas por el Estado o por particulares, sean éstos empresas comerciales o instituciones culturales, las cuales responden al propósito de favorecer el mejor aprovechamiento de las horas libres proporcionando a la vez descanso y solaz. Tales serían:

Ayuda moral, material y pecuniaria y supresión de impuestos a las instituciones de cultura física, con el fin de que se multipliquen los campos de deportes para adultos y de recreos para niños; idéntica ayuda para

fomentar la formación de sociedades artísticas y de representaciones teatrales, cinematográficas y otros géneros de espectáculos al aire libre y al amparo de la intemperie; adquisición y entrega al servicio público de grandes parques y establecimientos de campo, marítimos y de montaña para instalación de campamentos y colonias de vacaciones; rebaja de pasajes en los ferrocarriles y empleo de los elementos de movilidad que posee el Estado para servicios especiales de transporte a efectos de recreo; implantación de vacaciones obligatorias con sueldo para empleados y obreros oficiales y particulares.

Aparte de ello queda la acción privada concurrente también que puede ser ejercida por establecimientos agrícolas, ganaderos, industriales o comerciales promoviendo y realizando reuniones y espectáculos que permitan recrearse al empleado, al obrero y a sus familias con entera independencia y tranquilidad durante las horas no consagradas al trabajo.

EL GIMNASIO INFANTIL ABIERTO DEL CLUB DE GIMNASIA Y ESGRIMA

UNA SANCION DEL CONGRESO DE HAMBURGO

El *Congreso Mundial de la Recreación y Tiempo Libre,* celebrado en Hamburgo, ha recomendado a todos los países del orbe el *Gimnasio Infantil Abierto del Club de Gimnasia y Esgrima de Buenos Aires, como modelo de obra de asistencia social digno de ser imitado.*

Pocos saben en la República Argentina que es el *Gimnasio Infantil Abierto* ni quién es su creador, a pesar de que esta obra es ya conocida y elogiada en Alemania, Inglaterra, Italia, Japón, China.

El *Gimnasio Infantil Abierto* está destinado a los niños menesterosos. El edificio de

líneas puras y severas se levanta como un símbolo de cordialidad humana, en el aristocrático bosque de Palermo.

Ese edificio tiene capacidad para la concurrencia simultánea de 500 niños y las instalaciones externas, que estarán dotadas de toda clase de juegos deportivos infantiles, teatro infantil y otros entretenimientos adecuados a esa edad, permitirán la asistencia de hasta 2.000 niños durante el día.

El ingreso al establecimiento será libre, en el sentido de que no requerirá formalidad previa alguna, y el uso de las instalaciones será absolutamente gratuito.

El niño que llegue al *Gimnasio,* irá primeramente al Servicio Médico y Dental, donde será examinado para comprobar si no padece de enfermedad contagiosa. Verificada esa inspección, con resultados favorables, pasará a una sala donde se despojará de sus ropas, de las que se hará un paquete sujeto por medio de correa numerada; se le entregará luego una muñequera de cuero con el mismo número para que pueda después reclamar la ropa de su pertenencia.

Provisto de un pequeño delantal pasará

sucesivamente al servicio de duchas, peluquería y vestuario en el que se le dotará de traje completo de deporte para hacer uso de las instalaciones y dependencias del *Gimnasio*. Entretanto, su ropa será desinfectada, lavada y planchada.

En el *Gimnasio* tendrá a su disposición Profesores de Natación, de Gimnasia y de Atletismo, aparte de una gran pileta de natación y las canchas para práctica de fútbol, basket-ball, lawn tennis, pista para patines, bicicletas y triciclos, cajones de arena e instalaciones de hamacas, toboganes y toda clase de aparatos mecánicos apropiados para su edad.

A hora conveniente se le proporcionará desayuno, almuerzo o merienda. Para este efecto existe un salón comedor y dependencias adecuadas con capacidad para poder servir hasta 250 niños simultáneamente.

El establecimiento funcionará desde las 7 hasta las 19 horas y cuando el niño desee retirarse recobrará, mediante el número de la muñequera, su ropa, que se entregará perfectamente limpia y podrá entonces retirarse sin que haya debido hacer desembolso algu-

no, ni aún por la alimentación que ha recibido.

La finalidad que cumplirá el *Gimnasio Infantil Abierto,* importa realizar una valiosa obra de asistencia social que el Club de Gimnasia y Esgrima costeará con sus propios recursos.

El Gimnasio Infantil Abierto, será, pues, una de las primeras instituciones mundiales, de origen netamente argentino y una bella solución del problema que preocupa a todos los países sobre ocupación del tiempo libre.

Atraer por el cariño al niño descuidado en su hogar o carente de recursos, abrir las puertas a su alegría, despertar por el juego el sentido de su valer, fortalecerlo para dignificarlo en el cuerpo y en el espíritu... He aquí el sueño de su creador, el doctor Don Ricardo C. Aldao.

De la claridad y la excelencia de su espíritu que lo eleva a meditar en las posibles soluciones de los problemas sociales ha nacido el grande y maravilloso ideal de llevar a cabo una obra que contempla el lado ideal de la humanidad: el cuidado de la niñez.

El cree como Rivadavia, como Sarmiento,

como Rawson, como Gutiérrez, como Ramos Mejía, como todos aquellos grandes maestros que pasaron, que es obligación del Estado asegurar la vida sana de todo niño que nace en la República y por eso propicia con todo su tesón, con todo su entusiasmo, con toda su energía el *Gimnasio Infantil Abierto,* donde irán los millares de niños débiles, de niños pobres, de niños desamparados a fortalecer sus pulmones oprimidos, sus estómagos lánguidos a recibir rayos de sol en sus fisonomías entristecidas; porque él sabe que no favorecer las fuentes de la vida de los seres indefensos, que no poner alegría en la vida que nace es proyectar sombras en el porvenir que han de perturbar después los cimientos de la sociedad.

Presidente de esa gran institución que se llama Club de Gimnasia y Esgrima y deseando para ella el galardón más preciado, hoy que su plenitud admira por su valía, ha concebido la idea de ayudar a la infancia desválida con la colaboración de los socios de la institución que preside, porque Aldao cree que toda institución debe crecer sobre profunda raigambre espiritual, como cree que

la vida del hombre, en cualquier época y lugar, debe ser una reafirmación del sentido solidario. Para él, un asociado del Club no es sólo un hombre que paga los beneficios que recibe, sino un hombre profundamente bueno, que mientras juega en el césped o se desliza en el agua tranquila del natatorio, piensa que puede proporcionar también felicidad a aquéllos para quienes la vida no fué pródiga.

Y así, mientras entra por el Club con sonrisa franca y pisar seguro, sus ojos ven perfilarse, más allá de las hamacas donde juegan los hijos de los socios, las caritas sonrientes de los niñitos que nacen del pueblo y formarán mañana la falange poderosa.

Y allí está él, con su gran espíritu enternecido, soñando, para la niñez argentina sin recursos, con un hogar de dulzura y de nobleza, con hombres buenos, que al cuidarles el cuerpo vayan dejando un rico sedimento de gratitud social y de fé en la obra humana.

A LA REPRESENTACION DEPORTIVA ARGENTINA EN LA XI OLIMPIADA

Una hermosa esperanza os ha alejado del patrio suelo para ir a cantar, como en tiempo de la Grecia magna, el himno heroico, bajo la sombra de la bandera de los cinco círculos, en la hospitalaria y noble tierra alemana.

El fuego, símbolo antiguo de sagrada purificación, el sacro fuego de Olimpia, que es luz clarísima en las arenas del estadio y luz divina en el alma inquieta del hombre, presidirá la magnífica ceremonia.

Al resucitar, como divina promesa, bajo el conjuro de la voluntad humana, en su más elevada expresión los legendarios juegos panhelénicos, los representantes de cien pueblos, unidos por un mismo ideal, saludarán desde la enorme urbe germana a todos los países de

la tierra, con los sones vibrantes del Himno Olímpico, que es canto de paz e invitación al trabajo fecundo y moralizador.

Jóvenes deportistas argentinos:

En la ciudad de Berlín ataviada con las galas suntuosas de su elevada cultura, os espera la *Victoria*: el rostro sonriente como mágica esperanza, el brazo poseedor de la corona del triunfo tendido como un ala.

Marco grandioso para ser coronado. Escenario digno para realizar las proezas de un Hércules. Ambiente propicio para desplegar sin temor la fuerza del músculo y del espíritu.

Entrad en él, decididos, entusiastas, optimistas; porque vuestra conquista es de paz, y la paz es la vida de la Humanidad.

Con brazo seguro, levantado el corazón, clavadas las pupilas en la Patria lejana, entrad a la lid, para dejar un nombre grabado en la columna Griega que sea símbolo de nuestra raza joven, fuerte y viril y tradición honrosa de caballerosidad y de hidalguía.

ESTE LIBRO SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN LA IMPRENTA MERCATALI, CALLE ACOYTE 271, BUENOS AIRES, EL DÍA 31 DE OCTUBRE DE 1937.